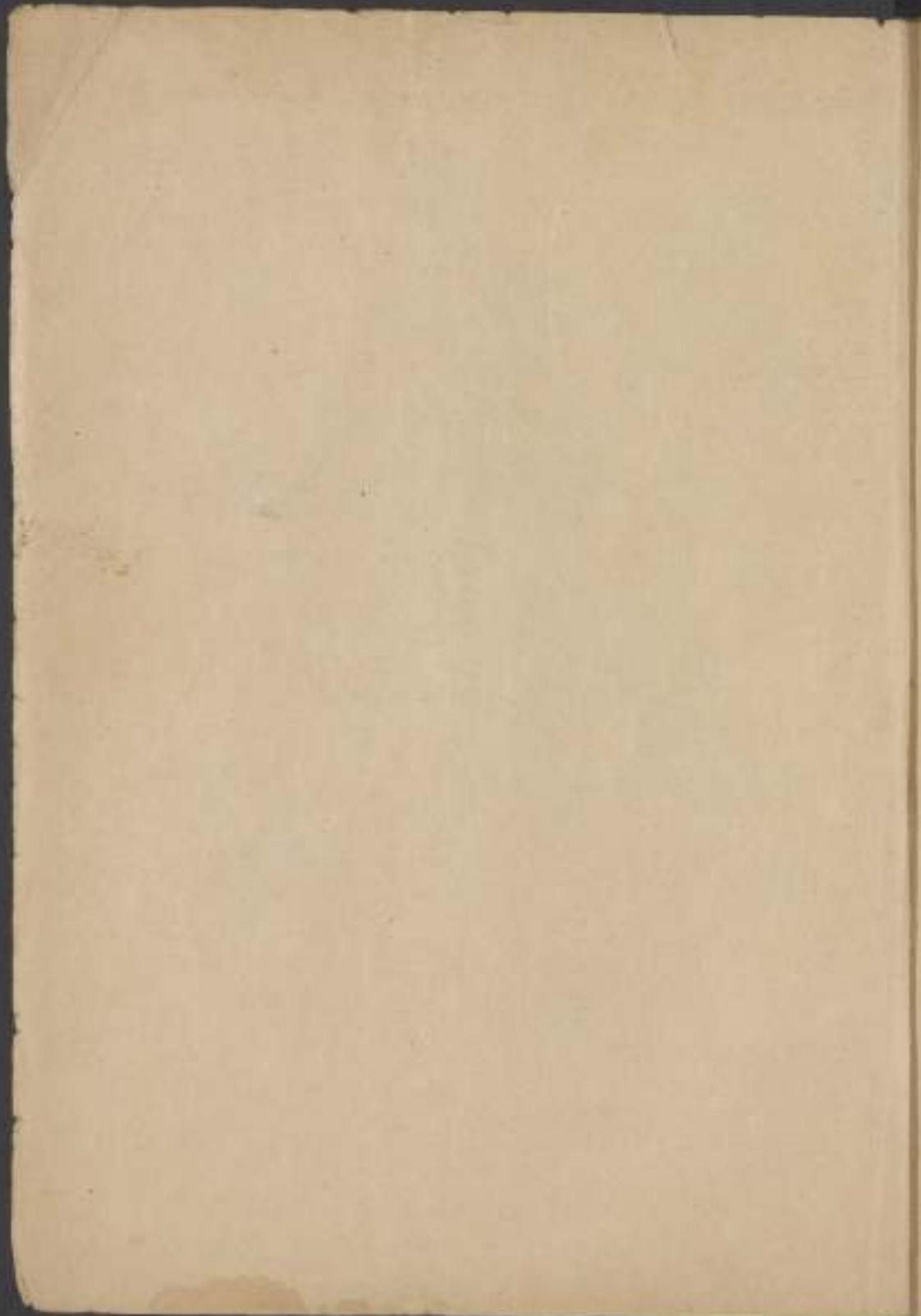


EDICIONES BISTAGNE

DOLORES DEL RIO
REGINALD OWEN
VERREE TEASDALE
VICTOR JORY





Madame Barry

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE-Paseo de la Paz, 18 bis-Tel. 18841-Barcelona

MADAME DU BARRY

Fastuosa producción, amena, frívola y espectacular.

Director

William Dieterle

En un film de la famosa marca

WARNER BROS-FIRST NATIONAL

Distribuido por

WARNER BROS-FIRST NATIONAL FILMS, S. A. E.

Paseo de Gracia, 77

BARCELONA

==

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Reparto

DU BARRY	<i>DOLORES DEL RIO</i>
Luis XV	<i>Reginald Owen</i>
D'Aiguillon	<i>Victor Jory</i>
Richelleu	<i>Osgood Perkins</i>
Duquesa de Grammont . .	<i>Verree Teasdale</i>
María Antonieta	<i>Anita Louise</i>
	<i>etc.</i>

Madame Du Barry

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

EL REY SE ABURRE

Luis XV está triste... Luis XV se siente desgraciado y es, en realidad, el hombre más desgraciado de todo su reino. El magnífico esplendor de Versalles, con toda su pompa y sus resplandores y su lujo y su fastuosidad, no logran disipar la monotonía de las horas lentas ni traer hasta él las dulzuras de un amor nuevo... Luis XV está en plena decadencia, necesita como nunca del amor, del amor que ha sido para él toda su vida, del amor que gozó en su juventud y en su madurez y que ahora parece huírle empuñado en hacerle sentir más su soledad...

Todos los palatinos que le rodean, Ministros, Senadores, Secretarios, no son bastantes para distraerle del tedio que le consume.

Sus palabras de adulación le enervan; sus cuentos le aburren, sus conversaciones le irritan... Está cansado de todo y le fastidia que toda Europa tenga puesta en él sus ojos para saber qué esposa escogerá para sustituir a la difunta Reina.

—Todas las Cortes de Europa— dice Luis XV después de haber escuchado una nueva proposición — me ofrecen una esposa... y yo no quiero volver a casarme. ¡Quiero que lo sepan ya de una vez!... Decídselo a todo el mundo: El Rey no quiere contraer de nuevo matrimonio... Lebel—añadió dirigiéndose a su camarero mayor—: dame algo de beber... esas cosas me dan sed.

Las tres Infantas, Adelaida, Victoria, Sofía, rieron la gracia de su señor padre, al que nunca se habían tomado muy en serio.

—¡Oh, padre!—exclamó Adelaida, la mayor de las tres hijas del rey—. La Corte de Viena estaría muy complacida si volváis a ella vuestros ojos.

—La Corte de Viena sabe muy bien que sólo quiero que se fijen en mi nieto el Delfín... Quiero que él se case con aquella encantadora María Antonieta a la que hace tiempo conocí. Esto es lo que les he contestado bien claramente. ¿Verdad, Choiseul, que la carta está ya caminando a su destino?—preguntó el Rey dirigiéndose a su primer Ministro, que estaba rígido y estirado dentro de su casaca recamada y que se inclinó profundamente ante el Monarca en señal de vasallaje, mientras respondía:

—Se cumplió todo como Su Majestad ordenó.

—¿Qué te pasa, Choiseul? ¿Por qué esa seriedad que en ti no es habitual? ¿Estás enojado? ¿Tienes alguna preocupación?

—No — replicó brevemente el Duque de Choiseul, evadiendo contestar directamente la pregunta del Rey.

—¿No?... No te creo, Duque... Veo en tus ojos una expresión que me es desconocida... ¡Lo siento! Anda, dime qué te pasa, mi querido Duque.

—Majestad... si lo ordenáis... Os diré que mi hermana...

—¡Oh... ya comprendo!... ¿Lo de anoche?—preguntó Luis XV, sonriendo.

—Está contrariadísima... humillada... Se equivocó de habitación, Majestad, eso fué todo...

—Exactamente... eso fué todo; ¡que no se preocupe!—replicó el Rey irónico.

—Pero es que eso compromete el honor de mi hermana...

—¡Oh, no seas niño, mi querido Duque!... Es muy difícil para una mujer del talento y de la clarividencia de tu hermana verse comprometida por una sencilla equivocación...

—¡Señor! —exclamó el Duque de Choiseul, un poco molesto por las palabras mordaces del Monarca.

—Lebel, dame algo de beber... —dijo el Rey dirigiéndose de nuevo a su Camarero mayor—. Sólo porque se trata de ti—siguió diciendo ahora al Duque de Choiseul —te diré por qué tomo la cosa a risa... Tu hermana, como todas, quisiera ocupar el lugar que dejó vacante mi muy querida e inolvidable Pompadour... ¡Pero no pueden!... Ni tu hermana ni mujer alguna es capaz de llenar aquel va-

cío... Ahora soy un hombre libre... ¿comprendes, mi querido Duque? ¡Un hombre libre!... ¿Parece absurdo que un Rey pueda ser un hombre libre, verdad?... ¡Mi querido Duque, después de ti soy el hombre más desgraciado de todo el reino!... Lebel, dime, ¿qué tengo que hacer hoy?

—Su Majestad tiene que ir de caza a las once.

—¿Otra vez de caza? No, ya estoy aburrido de la caza... Que me dejen en paz, ¡No quiero ir a cazar!... Quiero, si acaso, cazar otra caza... caza de adorables ojos y labios tentadores, ¿comprendes, Lebel? Pero no, también ese camino me ha sido cerrado... ¡El amor! El amor parece un libro cerrado para mí... Desde la muerte de mi querida Pompadour, no ha habido en todo mi reino una mujer que fuera capaz de quererme por mí mismo, de amar a este viejo Rey, sin murmurar a las pocas horas de haberle conocido: "Majestad... tengo un primo que quisiera ser Capitán de la Guardia Real..." Todas tienen algún amante al que recomendar... El amor, que ha sido toda mi vida, parece ahora excluido de mi vida...

—Su Majestad ha olvidado a sus bellas pupilas—sugirió Lebel.

—¿Mis pupilas? — preguntó el Rey sin recordar.

—Sí, su coto de los venados...—añadió Lebel con marcada intención.

—¡Ah, sí... mis queridos venaditos!... Caza tentadora y adorable... sin vanas lisonjas en los labios... Hace meses que no voy a verles... ¿Cómo estarán mis queridos venaditos? Eso es culpa de Richelieu... ¿Qué se ha hecho del Duque? No le he visto en toda la mañana. Me hace falta su sonrisa mefistofélica, que tantas cosas enseña...

El coto de los venados, como le había bautizado astutamente un cortesano, era como un "recuerdo" erigido a la memoria de Madame Pompadour. Había ella empleado mucho tiempo y energía en formar aquel conjunto de caras bonitas y cuerpecitos maravillosos que se dedicaban exclusivamente a hacer las delicias del Rey cuando él estaba triste... Los venaditos llegaban a París de todas las provincias francesas. Se las iba a buscar hasta los más apartados rincones del reino y... ¡ay de la casa en donde había una mujer bonita!... ¡Ay de la casa en donde había una muchachita en flor!... Pronto era trasladada, de manera misteriosa, hurtada por ma-

nos invisibles, al coto real, a engrosar la fila de los venaditos encantadores que habían de divertir a Su Majestad. No importaba que las muchachas fueran campesinas o hijas de familias aristócratas; lo que importaba era que fuesen bonitas y fáciles a la adaptación del medio a que habían de ser trasplantadas... Las veleidades del Rey tenían que ser ampliamente satisfechas y la Pompadour habíase ingeniado en encontrar mujercitas encantadoras, que no pudieran nunca robar la supremacía que ella había alcanzado más que con su belleza, con su indiscutible talento. Muerta Madame de Pompadour, los cortesanos que amaban halagar a su Rey para obtener de él nuevas mercedes, continuaron sustentando aquel "coto de los venados" para alegría del Monarca que, fatigado de todo, pasaba meses y meses sin acordarse de aquellas mujeres que se consumían de tedio entre las lujosas paredes del palacio, que eran para ellas como las de un harén turco...

El Rey se sintió aquel día tentado por la fascinación del "Coto de los venados" y decidió ir a buscar en él un poco de solaz para su espíritu atormentado, viendo si había, entre las reclutadas últimamente, alguna que pudiera matar

su tedio con sus encantos o sus ingeniosidades.

La llegada del Rey al "coto de los venados" produjo la natural sorpresa y el ansia lógica entre aquellas muchachitas que no le habían visto nunca, pero que habían soñado mucho en él.

El Rey se sentó en su lugar de honor y reía feliz al encontrarse en aquel medio tan distinto al que siempre le rodeaba.

—Quiero gozar tranquilamente en la contemplación de esas lindas flores de mi reino—decía sonriendo satisfecho—. Aquí nadie me hablará con miras interesadas... Aquí ninguna sabe que soy Rey... y si alguna me quiere me querrá por mí mismo... no por los favores que le pueda dispensar, ¿verdad, Lebel?

—Su Majes... Su excelencia tiene razón—respondió Lebel, al que le era difícil dejar de dar el tratamiento al Rey.

Las muchachas miraban un poco azoradas al señor al que pertenecían y al que veían por primera vez... Pero el Rey no se mostraba muy satisfecho de ninguna de ellas... Una era demasiado recatada... otra demasiado impúdica; ésta era en exceso miedosa; aquélla demasiado osada...

—Lebel—ordenó el Monarca—

danos algo de beber. Aquí todos somos amigos, ¿no es verdad? ¿Aquí puedo gozar y olvidarlo todo y reír y no pensar en nada que pueda mortificarme... ¿verdad, mis queridos venaditos? Ven acá — añadió tomando en sus rodillas a una preciosa muchacha de cabellos negros y mejillas de grana—. Eres muy linda; mira, tienes los mismos colores que esta manzana... Voy yo mismo a pelarte esta manzana para que tú te la comas... ¡Eres una mujercita encantadora!...

La muchacha, atemorizada, ruborosa por las caricias que el Rey le prodigaba y que a ella le repugnaban, se puso a llorar con desconsuelo.

—¿Qué te pasa? — le preguntó el Monarca extrañado.

—No me gustan las manzanas— replicó la muchachita llorando con más fuerza.

—Vamos, vamos... seca esas lágrimas... vete a tu lugar; no quiero que llores—le dijo el Rey comprendiendo la repugnancia que sentía la chiquilla por sus caricias de viejo— Vete, no me gusta ver llorar a una niña...

—¡Majestad!—exclamó la dama encargada de la educación del rebañito—. No comprendo como mis pupilas no saben comportarse co-

mo yo les he enseñado. Vea si le place ésta.

—¡Oh, es muy linda!—suspiró Luis XV, acariciando a una encantadora mujercita que le miraba con sus ojos azules, inmensos y expresivos—. ¿Cómo te llamas?

—Florette, Excelencia —replicó la chica sin turbarse. Y añadió sin dar tiempo al Rey a que dijera ni una palabra—. Dígame, ¿usted es de Polonia, verdad? ¿Hace mucho frío en aquel país?

—Francia es más templado — contestó el Rey sonriendo ante la ingenuidad de la niña. Y luego le preguntó: —¿Te gustaría salir del colegio y quedarte a vivir conmigo?

—Sí, me gustaría mucho—contestó Florette—. Pero...

—¿Pero qué, querida?

—Sabe, Excelencia, es que... tengo un tío...

El Rey se puso en pie. ¡Allí también!... ¡también había niñas que querían proteger a sus parientes!... ¡Aquello era irresistible! Apartó a un lado a la muchacha que le miró atónita y gritó:

—¡Lebel!... ¡Vámonos!... ¡Hasta mi "coto de los venados" han llegado los parientes!... Dime, Lebel, ¿tengo yo fama de ingrato?

—¡Señor!...—exclamó en tono de protesta el fiel Lebel.

—Entonces, ¿por qué... por qué? —exclamó el Rey desesperado—. ¿Por qué tienen miedo de mí las niñas y me persiguen las viejas? ¿He de ser yo siempre el Rey? ¿No podré dejar de ser Rey para ser únicamente hombre?

El Rey se quedó mudo, pensativo, triste... estaba más deprimido que antes de llegar al "coto de los venados".

Luis XV sentía como nunca la pesadumbre del trono... El trono magnífico y esplendoroso de aquella Corte de Francia, símbolo de su poder y de su gloria; símbolo del esplendor de la Corte más fastuosa de Europa, de la Corte que había de dejar en pos de sí una eterna estela de luz, de belleza, de magnificencia. Luis XV miraba ensombrecido el brillo de aquel trono que a él le aburría soberanamente, de aquel trono desde el que él dictaba leyes a todos sus siervos leales...

¿Leales?... Luis XV sabía demasiado bien hasta donde llegaba la lealtad de sus súbditos... Había oído contar centenares de veces, por sus comisionados enviados a todas las partes del reino, que el pueblo estaba descontento, que el odio anidaba en todos los corazones, que se

pronunciaba con envidia y con despecho el nombre del Monarca, que se amenazaba sordamente a aquella Corte despilfarradora y frívola del siglo XVIII. Los labradores, en algunos lugares del reino, se negaban a trabajar diciendo que sus Monarcas eran demasiado extravagantes y pródigos, mientras ellos se morían de hambre y de frío... ¡Y en aquellos súbditos había de confiar el Monarca!... ¡Luis XV hubiera querido cambiarse por el más miserable de todos ellos... porque estaba seguro de que el más pobre entre todos tenía lo que a él se le negaba: el amor de una mujer!...

¿Qué hacía entretanto el Duque de Richelieu, el favorito del Rey, el que sabía enseñarle tantas cosas con una sola de sus sonrisas finas y accedidas? Richelieu había estado hablando amigablemente con una morena graciosa, alta, fina, de formas perfectas, bellísima, que iba vestida con suma sencillez y que escuchaba las palabras del Duque como si fueran las profecías de un santo. Richelieu le decía, con su entonación estudiada:

—No lo olvides, Juana... Ahora eres ya la Condesa Du Barry... Juana Vaubernier, la pequeña sirvienta del molinero, ha desaparecido para siempre. ¿Lo entiendes? Y

también ha desaparecido la Juana Vaubernier que tan conocida es del público del bulevar... No olvides que eres la Condesa Du Barry y lo que esto significa para tu porvenir.

La nueva Condesa Du Barry, elevada a aquella categoría por obra y gracia de la voluntad suprema de Richelieu, sonrió dulcemente.

—La Condesa Du Barry triunfará...—replicó saludando con un elegante saludo de corte.

—Bien, Condesa. Ahora voy a prevenir al Rey, que está en su "coto de los venados".

—¿Su coto de los venados?—preguntó Juana sin comprender.

—¿No ha oído hablar del coto real, madame Du Barry?—preguntó Richelieu adoptando delante de la joven los modales que correspondían a un cumplido caballero que se dirige a una alta personalidad de la Corte—. El coto real fué creado para honrar la memoria de Madame Pompadour... adonde cierto noble Barón polaco acude a honrar la memoria de aquella noble mujer... ¿Quizás le agradaría verlo, madame Du Barry?

—Me encantaría...

—En verdad, madame, le encantará... ¡Es un lugar tranquilo... tan descansado! ¡Tan apartado de to-

das las preocupaciones de la vida!... ¡Tan aristocrático!...

Richelieu hablaba con un tono mordaz, satírico, y la nueva Condesa sonreía satisfecha de haber encontrado en él tan buen protector.

Richelieu salió para ir a poner en antecedentes a Su Majestad. Estaba seguro de que Luis XV no habría encontrado entre sus nuevos venados ninguno que pudiera satisfacerle tanto como aquella Juana Vaubernier, convertida en Madame Du Barry desde hacía muy breves momentos.

—¡Majestad!—dijo Richelieu, haciendo su más galante saludo cortesano—. He encontrado para vos a la más bella y más perfecta Cenicienta que jamás haya podido soñar la mente humana. ¡Una criatura extraordinaria, excepcional, encantadora!... Y me he tomado la libertad de invitarla esta noche a la cena que da un "noble Polaco"...

—¿Has hecho eso?—preguntó el Rey en tono escéptico—. ¿Estás seguro de que me gustará?

—Véala y verá Su Majestad lo que sacrifico por mi Rey—replicó Richelieu, que tenía siempre la réplica oportuna.

—¿Bonita?

—¡Divina!...

—¿Inteligente?

—Lo necesario...

—¿Sus formas?

—Esculturales.

—¿Su edad?

—La justa.

—Diez y ocho o treinta?

—Puede aparentar ambas, Su Majestad... Es una mujer excepcional... niña ingenua o mujer apasionada, según convenga al humor de Su Majestad...

—¿Existe una mujer así? No te creo, Duque.

—¡Palabra de Richelieu!

—¿Se llama?

—Jeanette a secas, si Su Majestad la quiere plebeya... Condesa Du Barry si a Su Majestad se le antoja que sea noble.

—Duque... presentadme a esa mujer esta noche y mañana... o estaréis encerrado en la Bastilla o seréis el más afortunado de los mortales...

Luis XV estaba un tanto amargado por los desengaños de la vida y todo lo tomaba con su aire escéptico y dubitativo... Quería creer en algo y, más que eso, quería creer en alguien... Y sentía el deseo vivo de encontrar a alguien que creyera en él como a hombre, no como a Rey... Estaba hastiado de que todos le trataran como a un Mo-

narca, olvidando que el Monarca tenía carnadura de hombre...

Aquel Monarca no era un loco, pero con frecuencia sentía el deseo de que le enloquecieran los labios amantes de una mujer... Ahora no creía ni una palabra de lo que le había dicho Richelieu acerca de aquella Jeanette excepcional y bellísima... ¡Quién sabe qué pobre muchacha del campo habría escogido y amaestrado a su manera para hacer sus delicias!... No quería creer que hubiera en el mundo una mujer como la descrita por el Duque en tan breves y precisas frases.

Sin embargo, Luis XV esperaba. Su visita al coto de los venados había sido un fracaso y le había dejado completamente decepcionado. Quería esperar en algo para no sentirse tan desdichado, y esperaba en aquella presentación prometida por Richelieu que, si no le daba el placer de conocer a una dama de las cualidades que el Duque le atribuía, le daría el de confundir ante sus amigos a aquel mordaz Richelieu que a veces lograba confundirle y aún humillarle...

Y el Rey ordenó a Richelieu que llevara a Jeanette aquella misma noche a la cena que daba el "noble polaco".

¿SUEÑO O REALIDAD?

La cena del "noble polaco" fué un verdadero triunfo. Jeanette Vauhernier había dejado de existir totalmente para dar paso a una madame Du Barry bella, elegante, ingeniosa, triunfal. Madame Du Barry mostró ser todo lo que el Duque de Richelieu había dicho de ella y todavía más... El Rey estaba verdaderamente deslumbrado ante aquella criatura encantadora, de ojos de fuego, boca sensual y sonrisa de niña... ¿Era una ingenua? ¿O una coqueta redomada? ¿O una mujer emotiva en la que la pasión lo dominaba todo? ¿O una niña cándida, bella promesa para los días futuros? Podía ser cada una de aquellas cosas o todo a un mismo tiempo, porque Madame Du Barry se mostraba tan pronto ingenua como ardiente, tan pronto púdica como deshonesta... Era un contraste de palabras y acciones que turbaban y enloquecían al pobre Rey sediento de algo que viniera a cortar la monotonía de sus horas palaciegas.

Madame Du Barry había sabido cautivar al Rey... El Rey se había enamorado de ella con toda la vehemencia de que era capaz a pesar de haber cumplido ya sus sesenta

años... Y ordenó que Madame Du Barry tuviera su departamento especial en el palacio de Versalles.

* * *

A la mañana siguiente Juana despertó sin acordarse de todo lo acaecido en aquella noche de maravilla... Despertó en el dormitorio regio que le había sido destinado, rodeada de toda la pompa que reinaba en aquel palacio en el que el Rey Sol había hecho resplandecer para su gloria y su orgullo el arte que debía perdurar luego a través de los siglos. Despertó y miró en torno estupefacta de lo que veían sus ojos acostumbrados a tropezar con la vulgaridad de una cámara de hotel barato, en uno de los rincones del París que se divierte a costa de poco dinero...

Lo miró todo y lo volvió a mirar y, de pronto, recordó y tuvo miedo... Se escuchaba en la pieza vecina rumor de voces y junto a su lecho estaba un hombre que la espiaba... ¿Qué era aquéllo? ¿Qué pasaba? Juana se incorporó en el lecho y preguntó a aquel hombre que la miraba fijamente:

—¿Qué es ese ruido?

—¿Qué ruido, señora?—contestó Lebel, el camarero mayor del

Rey, que era el que estaba junto a ella esperando que el sueño abandonara aquellos párpados sombreados por las largas pestañas, y se abrieron a la luz los ojos de fuego que habían deslumbrado al Monarca.

—¿Es el populacho que viene a asesinarme? —volvió a preguntar Juana con verdadero pánico mientras disimulaba un bostezo y estiraba sus miembros entumecidos bajo las finas sábanas de Holanda.

—No, madame —replicó Lebel sonriendo benévolutamente—. En la antecámara están todos los mercaderes de París que vienen a ofrecer a Madame sus mercancías por orden del Rey, mi señor, para que Madame esté contenta y escoja todo lo que mejor le plazca...

—¡Oh!... —exclamó Juana verdaderamente feliz y dichosa ante aquella noticia—. ¿Así, me voy a quedar aquí por una larga temporada?

—Sí, madame—asintió Lebel inclinándose respetuosamente—. Y me atrevería a decir que Madame será una huésped permanente en el Palacio de Versalles... ¿Digo a los mercaderes que pasen?

—Sí, Lebel, díles que pasen. Voy a recibirles en seguida... ¡Quiero escoger muchas, muchas cosas!

¿Podré quedarme con todo lo que yo escoja?

—Todo lo que a madame le guste... ¡Es la orden del Rey!

—¡Oh, Lebel, nunca pensé que un sueño tan hermoso pudiera convertirse en una espléndida realidad!... ¡Anda, date prisa, díles que pasen!...

Lebel salió y volvió a entrar con un enjambre de joyeros, modistos, sombrereros, peluqueros, etc., etcétera, que presentaban ante los ojos atónitos de la joven y flamante Madame Du Barry todo el esplendor de sus mercancías. Era un derroche de brillantes, perlas, encajes, oro, brocado, pieles y plumas lo que desfílaba ante las miradas maravilladas de la pequeña mujercita del bulevar, acostumbrada a la mediocridad de una vida sin brillo ni riqueza. Aquello era más de lo que ella hubiera imaginado en sus ratos de fiebre y de locura. Aquello era más de lo que ella se hubiera atrevido a esperar de la suerte. Aquello era toda la lujurante y tentadora belleza de las maravillas relatadas en los cuentos de las mil y una noches... Juana se enamoraba de todo... Las joyas ricas y deslumbrantes de pedrería tallada con primor; los encajes y las sedas de las ropas que se desdoblaban como nu-

bes de gasa ante ella, tentándola con su belleza magnífica; los ricos brocados; los bibelots escogidos; los regalos inapreciables... ¡Oh, todo, todo lo quería para ella!... Du Barry estaba como una niña en medio de un sueño fantástico y enloquecedor... Era, entre todas aquellas bellezas, la más bella de todas... Sus ojos lucían con chispazos de fuego, sus labios sonreían y dejaban al descubierto los dientes blancos, incitadores, y sus manos se tendían a cada uno de aquellos objetos que los mercaderes presentaban haciendo resaltar su belleza con palabras altisonantes y superlativas. Du Barry no se preocupaba mucho de que su ropa fuera descubriendo los encantos de su cuerpo escultural. Estaba tan embebida en la contemplación de las bellezas que se desplegaban ante sus ojos, que se olvidaba de sí misma y dejaba que los mercaderes la admirasen a ella, olvidados a su vez de sus propias mercancías.

—¡Me lo quedo todo!... ¡Todo me gusta!... ¡Será encantador lucir todas estas galas!...—decía Du Barry sonriendo feliz, como si estuviera mecida por el más bello de los sueños.

Los mercaderes estaban tan entusiasmados como Du Barry. Para

ellos era ya Madame Du Barry la misma realeza... No había para aquellos hombres que encontraban en Du Barry clientela tan generosa, más Rey absoluto que ella misma.

Lebel les contemplaba y sonreía burlonamente, pensando sin duda en las otras favoritas del Rey que habían tenido también tantos halagos y tantos honores como esta pequeña *boulevardière*, que era ahora dueña de la voluntad del Rey y que quién sabe si mañana habría ya caído en desgracia...

Un criado entró en la habitación y anunció con voz campanuda y grave:

—Su Majestad el Rey.

Lebel se adelantó hasta los mercaderes y les ordenó rápidamente:

—¡Fuera, fuera de aquí... dejad paso libre al Rey!... Pero dejad aquí todo el género que habéis traído... ¡Madame Du Barry así lo quiere!

—¿Todo lo que hemos traído?—preguntaron aquellos hombres en el colmo de la sorpresa y de la dicha.

—Todo, todo... ¡Daos prisa! Madame Du Barry así lo quiere... Ella os compra todos vuestros géneros.

Los mercaderes salieron de la cámara principescas de Madame Du

Barry para dejar paso al Rey que venía a visitar a su linda Condesita... El Rey avanzó lentamente y la Du Barry, fingiendo una modestia de colegiala, levantó hasta su cuello las sábanas que habían quedado caídas impudicamente mientras los mercaderes habían estado con ella.

—¡Oh, Majestad!—exclamó burlando los ojos ruborosa.

El Rey se acercó a ella mirándola encantado ante el irresistible atractivo de aquella criatura deliciosa. Du Barry le tendió una mano para que el Rey besara la punta de sus dedos y le dijo, siempre con un ingenuo candor que le sentaba a maravilla:

—¡Oh, Majestad, me habéis hecho tan feliz!...

—No debes llamarme Majestad—le contestó el Monarca—. Llámame simplemente Luis.

—Sí... para mí serás siempre simplemente Luis... ¡Luis, el hombre a quien yo amo!

LA CORTE COMENTA

La Duquesa de Grammont, hermana del primer ministro del Rey, el Duque de Choiseul, corría ansiosa por las largas avenidas del

parque de Versalles, sumidas en la umbría profunda de sus grandes árboles, que se alzaban al cielo como en un reto contra el sol que quería penetrar a través de sus hojas y que sólo conseguía producir en la fina arena de los parterres chispas de luz que parecían polvillo de oro junto al verde esmeralda del césped.

El rico brocado del traje pomposo de la Duquesa se arrastraba pesadamente por el camino entorpeciendo un poco aquel paso vivo y rápido de la gran dama, que quería llegar a tiempo para prevenir a Sus Altezas Serenísimas las Infantas. Su aspecto era el de la más profunda agitación. Tenía la mirada brillante, el respirar ansioso, el paso agitado y, de vez en cuando, llevaba a sus ojos, como para secar una lágrima, un rico pañuelo de Holanda y valenciennes.

A lo lejos divisaba a las tres hijas del Rey jugando al volante, el único deporte que en aquella época se consentía jugar a los hijos de los reyes y de los altos dignatarios de la Corte. La Duquesa de Grammont, alta, bellísima, de cuerpo espléndido y perfección de líneas, corría hacia ellas desesperadamente, ansiosa de comunicarles lo más pronto posible la gran noticia que no le cabía dentro del pecho y que sen-

tía para necesidad de comentar con sus tres amigas, casi pupilas suyas, ya que la Duquesa de Grammont era la Camarera primera de las Infantas.

Las hijas del Rey jugaban al volante y casi no podían hacerlo, porque la pompa de sus vestidos, la esplendor de aquellas faldas enormes, que se agrandaban de manera inverosímil alrededor de su cuerpo, haciéndolas aparecer como inmensos globos de brocado y oro, les entorpecía los movimientos y no podían correr con la suficiente destreza para coger en el aire el volante que les tiraba con brío su contrincante.

Los vestidos de aquella época se habían hecho para moverse entre salones y alfombras, para hacer las profundas reverencias de elegancia netamente femenina, para bailar los lentos bailes de aquellos tiempos, en los que el minué tuvo su triunfo decisivo porque era el único baile que convenía a las amplias faldas de ellas y al cuerpo moldeado rigidamente dentro de las ajustadas casacas de ellos; pero no se habían hecho para jugar al aire libre ni para correr despreocupadamente como hubieran deseado hacer las hijas del Rey, obligadas a guardar las for-

mas por el empaque de sus vestiduras recamadas.

La Duquesa de Grammont llegó hasta ellas y las Infantas detuvieron su juego para atender a la dama que a ellas se dirigía.

Adelaida era la mayor de las hijas y, por consiguiente, la primera dama del reino, después de la muerte de su madre y de su hermana política, la Delfina. Era ella la que disponía sobre sus hermanas y la que llevaba el peso de la familia, por decirlo así, y la que, naturalmente, tenía más poderío en la Corte.

Fué a ella a la que se dirigió la Duquesa de Grammont, dominando su agitación, pero sin conseguir disimularla totalmente.

—Alteza—dijo haciendo la reverencia de Corte más cumplida y más elegante—, algo espantoso ocurre.

Adelaida dejó el volante y se acercó a la Duquesa, seguida por las princesas Victoria y Sofia, sus hermanas.

—¿Qué pasa, Madame?—preguntó, alarmada ante el aspecto desesperado de la Duquesa y aquellas palabras suyas, que anunciaban una gran desgracia.

—El Rey, vuestro padre—dijo la Duquesa de Grammont con tono

misterioso y de profundo desaliento —está otra vez haciendo tortillas...

Las tres princesas exclamaron a un tiempo, como si hubieran sido muñecas mecánicas movidas por un mismo resorte:

—No... no puede hacer tortillas...

—¡A sus años! — exclamó la Princesa Victoria con desaliento.

—¿Una nueva amante en Versalles?—exclamó indignada la Princesa Sofía—. Es imposible... Mi padre ya no tiene edad para dedicarse a esos menesteres.

Adelaida, que era la que sabía dominar mejor sus impulsos, que era la que más experiencia tenía y la que mejor conocía la debilidad paterna, se limitó a preguntar:

—Pero... Duquesa, ¿quién es ella?

La Duquesa de Grammont, a la que la envidia y el despecho hacían urdir mil intrigas, porque ella había soñado en ocupar el lugar que ahora se veía arrebatado por las manos de la intrusa, bajó los ojos con fingida hipocresía y dijo poniendo en sus labios miel, mientras su pecho destilaba veneno:

—Alteza, si es cierto lo que dicen, toda Francia la conoce...

—¡Qué raro!... — exclamaron las hijas del Rey—. Toda Francia

la conoce menos nosotras... Jamás hemos oído hablar de ella; jamás nos ha sido presentada; jamás la hemos visto en nuestros salones...

—¡Oh! — exclamó llorando la Duquesa de Grammont—, y yo que respetaba al Rey como si fuera mi verdadero padre...

—No lloréis, señora—dijo Adelaida—. La arrojaremos de la Corte.

—¡No queremos verla!—añadió Sofía.

—¡Jamás le dirigiremos la palabra!—afirmó Victoria.

—Haremos el vacío en torno suyo; fingiremos ignorarla... Duquesa, nosotras estaremos siempre de vuestra parte... Y ahora sigamos jugando como si nada supiéramos... —añadió Adelaida tomando de nuevo el volante y continuando el interrumpido juego.

La Duquesa de Grammont había sembrado ya la primera brizna de ponzoña. Después de hablar a Sus Altezas las Infantas, corrió a encontrar a su hermano, el Duque de Choiseul y le contó cómo había comenzado ya su obra de intriga...

El falso trono sobre el que Madame Du Barry se había sentado comenzaba desde aquel instante a ser socavado en sus cimientos.

* * *

¡El Rey estaba haciendo tortillas!... Aquella frase había bastado para que las Infantas comprendieran que había en la Corte una nueva favorita, que el Rey se había prendado de otra mujer y que otra mujer había venido a ocupar el lugar por el que habían pasado tantas y tantas otras favoritas... y que su madre no había podido nunca ocupar. Las veleidades de Luis XV eran bien conocidas de sus hijas, que no sentían hacia su padre ni cariño ni respeto. Y sabían que cuando Luis XV se metía en la cocina para confeccionar él mismo la tortilla... ¡era señal infalible de que se la iba a comer la favorita de turno!

¡El Rey hacía tortillas otra vez! En las grandes cocinas de Versalles, el Rey, rodeado de sus cortesanos, miraba con detenimiento los huevos, la sartén, la manteca, todos los ingredientes que habían de tomar parte en la confección de aquella tortilla que había de salir succulenta.

La tortilla que comería luego Juana, Condesa Du Barry, la nueva favorita del Rey, había de ser un plato exquisito y perfecto, digno de las manos de un Rey y del paladar de una mujer como ella.

El Rey titubeaba ante el sinnúmero de tortillas que sabía él hacer. Uno de los palaciegos sugería la idea de que hiciera la tortilla a la Reina; otro decía que sería más apropiado hacer la tortilla a la favorita; pero el Rey no acababa de decidirse por ninguna, hasta que al fin encontró lo que buscaba: ¡tortilla del amor!... Esa era la más adecuada para aquella ocasión solemnísimas. La tortilla del amor era la que mejor servía para presentar a la dama bellísima que ocupaba ahora las habitaciones contiguas a las del Rey, con las que tenía comunicación directa.

Luis XV leyó la receta y fué ejecutando todas las maniobras que en ella se indicaban: dos cucharadas de harina; una taza de leche; un poquito de azúcar; una pizca de sal; una gota de jerez; cuatro huevos... Y todo batirlo bien batido, hasta obtener una masa esponjosa y líquida al mismo tiempo. Luego, preparar el relleno con la pechuga de una paloma blanca... Y en seguida servirla.

— Soy el mejor cocinero de toda Francia — dijo Luis XV cuando presentó la tortilla a Madame Du Barry, que se levantó de la cama y sonrió con una sonrisa de mujer feliz.

—Y yo la mejor gastronoma del mundo... Veremos si mi Luis ha sabido confeccionar una tortilla digna de mi paladar.

Madame Du Barry comió con buen apetito la tortilla hecha por un Monarca, pero se abstuvo de elogiarla ni de comentarla. Estaba satisfechísima de pensar que el Rey se había rebajado hasta hacer de cocinero para darle gusto, y se sentía la más feliz de todas las mujeres ante aquella distinción; pero no quería que el Rey viera todo su gozo... porque Du Barry sabía muy bien cómo había de tratar a los hombres para tenerlos siempre rendidos y humillados.

Se limitó a mirarle con aquellos ojos oscuros, que tenían tanta luz y tanto fuego y que conseguían deslumbrar al viejo monarca y a sonreírle con su sonrisa candorosa y provocativa al mismo tiempo que turbaba los sentidos e imponía respeto. Luego miró, por el gran ventanal abierto, el paisaje que se extendía ante su vista y dejó que sus ojos lo siguieran hasta perderse en la lejanía... Primero vió el partere grande, lleno de sol, que se abría ante el palacio y en cuya arena los piccocos diminutos de las damas de la Corte dejaban su huella fugaz; luego el tapiz verde,

aquella alfombra de césped que bajaba en suave declive hasta encontrarse con el gran canal, parándose primero ante el estanque de Apolo, en medio del cual el dios guiaba su carro triunfal, tirado por magníficos caballos de bronce. El estanque y el gran canal, sobre los que el sol reverberaba, parecían espejos nítidos, en los que se reflejaban las frondas de las vecinas arboledas, que daban sombra a aquellos paseos en los que tantas escenas de amor, tantas intrigas, tantos romances se desarrollaban cada día entre los centenares de pobladores de aquel recinto real. Luego, más lejos, ya perdidas en la lejanía, se dibujaban las montañas doradas... Todo era oro y fuego en aquel mediodía estival... Los verdes del césped y de las hojas de los árboles tomaban incluso un color rojizo en fuerza de estar empapados en la luz del sol. Los ojos de Madame Du Barry tenían también reflejos dorados cuando se volvieron para contemplar de nuevo a su real amante.

—Adoro el verano... pero encuentro a faltar en él una cosa: la nieve ...

Luis XV la miró y sonrió matavillado de aquella belleza esplendorosa que tenía ante su vista.

—¡Oh, Majestad!— exclamó de

pronto la Du Barry, viendo en su vestido un desperfecto—. Tantos criados que hay en la Corte... y ninguno es capaz de reparar los desperfectos de mi vestido.

—Desde hoy — replicó el Rey rendido ante ella—, tendréis un criado que os atenderá exclusivamente... No sólo soy un buen cocinero... sé también coser a la perfección... No os faltará nunca nada en vuestra ropa... ¿No os sorprende que sepa hacer todos esos menesteres?

—Nada me sorprende, señor... —contestó sin inmutarse Juana.

—¿Ni aun en un Rey?

—Vos no sois un Rey...

—¿Qué?—preguntó Luis XV extrañado.

Madame Du Barry sonrió coquetamente y dijo, mirando cara a cara a su Rey:

—¡Para mí... sois sólo un hombre!

—¡Oh!—exclamó deliciosamente conmovido el Rey—. ¿Sabéis que cada día estoy más locamente enamorado de vos?

La Du Barry se fingió distraída y volvió a decir:

—Lástima que en verano no haya nieve...

—¿No me has oído, mi vida?— preguntó el Rey—. ¿No has oído

que cada día me siento con más violencia enamorado de ti?

—¿Y tú no sabes, querido, que eres el embustero más grande de la creación?—preguntó la Du Barry haciendo un mohín de enojo.

—¿Yo? ¿Embustero yo? ¿Por qué?...

—Sí, el embustero más grande de la creación, lo repito.

—Voy a probarte que lo que te digo es verdad... De hoy en adelante, cada mañana te mandaré un ramo de flores ligado con un hilo de diamantes...

—Y yo lo aceptaré...

—Y te regalaré para tu uso particular el castillo de Luciennes... La Reina siempre me lo había pedido; pero yo nunca quise cedérselo... Desde hoy es tuyo, mi amor.

—Gracias—contestó indiferente la Du Barry.

Luis XV ya no sabía qué ofrecer a aquella mujer para que creyera en su amor. De pronto creyó haber encontrado lo que a ella podía satisfacerla más:

—Y te presentaré en la Corte... el día que tú quieras.

—¿De veras?—preguntó Juana con un destello de alegría en los ojos.

—De veras... Y ahora, ¿crees en mi amor?

—No...

—¿No? ¿Por qué?

—Todo eso nada me prueba, Luis...

—Bien... Por el cielo, niña mía, dime lo que quieres.

—¿De veras quieres conocer mi deseo? ¿De veras lo satisfarás?

—De veras... Todo lo haré con tal de que creas en mi amor.

—Pues... deseo pasear en trineo esta misma tarde...

—¿Pasear en trineo... en pleno verano?

—Me encanta pasear en trineo—
 porfió la Du Barry poniéndose mimosa y mirando coquetamente a su amante.

¡NIEVE EN JULIO!...

El palacio de Versalles estaba en conmoción... ¿Cómo era posible que en pleno julio hubiese nevado? Sin embargo, era preciso que en julio nevara. La Condesa Du Barry quería pasear en trineo... y el Rey había ordenado a Lebel que improvisara, fuera como fuera, una nevada... Y el pobre Lebel se mesaba los cabellos y en su frente martilleaba como una pesadilla aquella frase que se repetía una y mil veces como si fuera a enloquecer:

—La Condesa y yo queremos pa-

sear en trineo esta tarde... La Condesa y yo queremos pasear en trineo esta tarde...

Era la frase que le había dicho el Rey, y Lebel sabía lo que ello representaba. Por esto, se pasaba furioso y se iba repitiendo:

—La Condesa y yo queremos pasear en trineo esta tarde...

La Condesa Du Barry y su real amante, el Rey Luis XV, estaban entretanto disutiendo acaloradamente en el *boudoir* magnífico, amueblado nuevamente y arreglado según el gusto de la Condesa, que pertenecía ahora a la Du Barry, después de haber sido de Madame de Pompadour, de la Condesa de Chateauroux, de Madame de Vintemille y de tantas otras favoritas de aquel Rey que hizo del amor su mejor reinado. La Du Barry había hecho desterrar de allí todas las pinturas que representaban a aquellas mujeres, cuya sombra parecía flotar todavía en aquella atmósfera palaciega... Todos los cuadros fueron descolgados y reemplazados por pinturas que mostraban a Juana Vaubernier en todas las posiciones y realzando todos sus encantos. En aquel *boudoir*, Juana recibía siempre a su amante, y hoy, por primera vez, discutía con él acaloradamente.

Los enemigos de la actual favorita habían soplado en los oídos del Monarca todas las viejas historias que aquella mujer había ya tenido en su pasado y los celos habían hincado su diente en el corazón del viejo Rey, que aun tenía el candor de creerse capaz de inspirar un primer amor en el corazón nuevo de una mujer.

El Rey apostrofaba a su amante, queriendo obtener de ella la verdad; pero Juana no era ninguna inexperta en el juego del amor y sabía muy bien el modo de tratar a los hombres. Escuchaba a su Rey y sonreía, mirándole con aquellos ojos que ejercían sobre él un poder avasallador.

—Señora — le había dicho el Monarca—, no puedo conseguir que en pleno julio nieve...

—¡Ah!... Vos me habíais dicho que me amábais... Entonces, habéis mentido...

—No, vos sois la que me habéis mentido a mí...—dijo el Rey, seriamente preocupado.

—Yo jamás he mentido.

—¡Oh, sí, sí, sí! Me habéis mentido...

—No, os juro que no—porfió la Du Barry queriendo convencerle.

—Me habéis mentido y os lo puedo probar... Sé toda vuestra histo-

ria pasada, Juana... conozco a todos los hombres que han pasado por vuestra vida... y han sido tantos...

—Pero... eso fué antes de encontrarte, Luis—exclamó la Du Barry con acento convincente.

—Pero han sido muchos—insistió el Rey.

—Ninguno de ellos me amó...

—¿Ninguno? ¿Y el Duque d'Armon? ¿Y el Conde de Briassach?

—¡Oh... son cuentos viejos!... Figuráos, señor, una serie de amores colocados unos encima de otros. ¿Cuál es el primero, el que está debajo de todos, o el que está encima? Convencéos, señor... para mí no hay más que un hombre en el mundo: Luis...

—¡Oh, chiquilla, qué deliciosa criatura eres!—dijo el Rey vencido por el encanto de aquella mujer incomparable y besándola enternecido.

Unos golpecitos dados discretamente en la puerta advirtieron a la enamorada pareja que alguien venía a estorbar su coloquio.

—Adelante—dijo Juana con su voz dulce y vibrante.

Entró en el *boudoir* el Duque de Richelieu seguido por un gigantesco criado que traía un almohadón y, colocado sobre él, como si fuera una joya preciosa, iba senta-

do un negrito joven, de cara vivarachosa y ojos de tigre que brillaban en la oscuridad del rostro con destellos deslumbrantes. El Duque hizo la reverencia de corte ante el Rey y le dijo respetuoso:

—¿Su Majestad me presentará a Madame...?

—¡Oh, sí, ciertamente!... Ven acá, mi viejo Duque... ¿Qué le traes a Madame?

—Madame—dijo Richelieu, esta vez inclinándose ante la dueña y señora del reino—, ¿puedo tener el placer incomparable de ofreceros al perfecto ayuda de cámara de una dama, importado directamente del Congo?... ¿Puedo ofreceros al pequeño Zamore?

El negrito movía sus ojos redondos, brillantes, de un blanco resplandeciente, en todas direcciones, como si estuviera asustado y medroso. Du Barry hirió sus manos entusiasmada a la vista de aquel encantador muchacho negro, vestido con elegancia y que resultaría muy bien al lado de su belleza, de un blanco mate hechizador.

—¡Oh, Luis, qué maravilla! —exclamó—. Será mi pequeño Otello...

Y la Du Barry acarició la cara del niño con delectación. Zamore, enojado, dió un fuerte arañazo a la

Duquesa, como si fuera un lorito enfurecido, y la Du Barry lanzó un grito, dando un bofetón amistoso a la pequeña ferecilla.

—¡Mi pequeño salvaje!—exclamó luego, riéndose satisfecha del arranque del muchacho—. ¡Oh, Luis, qué encantador regalo me has traído!... Lo adoro... Es algo sencillamente delicioso... ¿No me has dado el castillo de Luciennes y toda su provincia? Luis, pues quiero que nombres a Zamore gobernador de allá... Estará fascinante con el uniforme de gobernador... Y él cuidará muy bien de su amita... y arañará a la gente mala que quiera hacerme daño, ¿verdad?—dijo Juana riendo complacida.

—Yo arañar...—afirmó Zamore, haciendo girar furiosamente sus ojazos de negro.

—¡Nunca!—exclamó el Rey—. Sería la burla de toda la Corte, si yo nombrara a ese pequeño gobernador... No me pidas semejante cosa...

—¡Oh, Luis!...—dijo la Du Barry mimosa—. ¿No me has dado el castillo de Luciennes? ¿No soy yo la señora de él? Dime que sí, que nombrarás gobernador a Zamore... Dime que sí...

—Madame... ¿qué queréis hacer de Francia?

—Lo mismo que Francia está haciendo de mí...—replicó con una fina sonrisa irónica Madame Du Barry...

* * *

La Duquesa de Grammont espiaba las menores acciones de su rival la Condesa Du Barry. Había la seguido en todos sus pasos y sabía a ciencia cierta a qué grado de amistad había llegado con el monarca. La Condesa de Grammont no quería dejarse pisotear, ni quería que su hermano, el Duque de Choiseul, cayera en desgracia:

—El Rey adora a esa mujer—le decía a su hermano mientras ambos espían el paso de los dos amantes.

—¡Silencio!—impuso el Duque de Choiseul.

—La sigue a todas partes como sus perrillos falderos...

—¡Silencio!—volvió a suplicar el de Choiseul.

—No tengo miedo de nada... No quiero que esa intrusa nos destruya... Tú, el más poderoso e influyente hombre de Francia estás siendo pospuesto, arrinconado, olvidado, por culpa de ese viejo loco que se deja conducir por el amor como un niño sin experiencia...

—¡Oh... no será por mucho tiem-

po! —replicó el de Choiseul que no quería ponerse pesimista—. Las pasiones de Su Majestad suelen ser breves...

—¡No será así esta vez!

—¿Por qué no?

—Porque esa mujer es cada día una mujer nueva. A cada hora cambia de carácter... No es una mujer... es un centenar de mujeres reunidas en una sola.

—Divagas, hermana mía... ¡Tu imaginación te hace ver locuras!

—¿Estás ciego?... ¿No sabes ver cómo cambia a diario, a cada hora? Sus vestidos, sus modales, su modo de hablar, sus miradas, sus sonrisas, la expresión toda de su rostro... ¡no son nunca iguales! De hora en hora toman una nueva expresión: tan pronto es una gran dama como una niña inocente; una sirena, como una santa; una ramera como una ingenua colegiala... Duquesa a la mañana... sirvienta por la tarde... y por la noche ¡una *betaira*!

—Te aseguro, hermana mía, que das demasiada importancia a esa mujer...

—¡Y yo te aseguro que es ella la que lleva la corona!... ¡Debes destruir a esa mujer... debes aniquilar su influjo!... Cuando ella se dé cuenta de que todo lo puede, cuan-

do ella vea que Francia se mueve a su impulso y que el Rey no es más que un pobre muñeco, tú, yo, nuestra familia entera, será arruinada, aniquilada... Debemos tomar nuestras medidas antes de que eso suceda.

—¡Está bien... las tomaremos... ¡Madame coqueta será destruída!-- dijo el de Choiseul estrechando la mano de su hermana como si aquellas palabras fueran un juramento...

—Así me gusta oírte... Y, ¿cómo lo harás?...

—Mi querida hermana... cuando yo consiga disgraciar a Madame Du Barry, hasta las piedras de la calle se volverán contra ella.

La Duquesa de Grammont se rió con maldad... ¡Eso era lo que ella ambicionaba!...

La voz de una de las damas de la corte la sacó de su abstracción.

—¡Duquesa... Duquesa!... — la llamaba.

—¿Qué pasa?

—¡Mire... parece un sueño!

La Duquesa miró a través de los cristales del ventanal.

—¡Imposible!... — exclamó asombrada—. ¡Nieve en julio!... ¿Qué es eso?

—¡Nieve!

—¡Oh... un capricho más de la

favorita!... ¡Vea cómo se va gozosa y feliz a pasear en trineo con su Majestad!...

Juana Du Barry había conseguido su empeño... Había hecho nevar en pleno mes de julio a despecho del escándalo que esto había producido en la corte. Luis XV había olvidado totalmente el capricho de su amante; pero a la hora señalada para aquel paseo loco, la Du Barry había acudido a llamar a su real amante. Bajaron ambos la magnífica escalinata, atravesaron los largos corredores de mármol y oro en los que sus figuras destacábanse mejor haciendo resaltar la esbeltez y la juventud de Juana al lado de la decrepitud del monarca, y se asomaron a la serre que precede al jardín. Los ojos de Luis XV expresaron admiración y extrañeza; los de Juana un loco placer:

—¡Oh, Luis mío!... ¡Ahora sí que creo que me amas! — exclamó colgándose de su brazo con coquetería.

—¿Pero, cómo, cómo ha sido esto? — preguntó el monarca verdaderamente extrñado y, agachándose, tomó un poco de aquella materia blanca que cubría todas las largas avenidas del parque, y la probó:

—¿Es azúcar! — exclamó maravillado.

—Pero da la misma sensación de que es nieve... — replicó la Du Barry encantada de haber conseguido su propósito.

Luis volvió sus ojos a Lebel, su Camarero mayor, y le preguntó:

—¿Cómo has hecho esto, mi buen Lebel?

—Señor... no ha quedado ni un grano de azúcar en todo París... pero la condesa podrá pasear en trineo...

—Y creará en el amor de su Luis — añadió la Du Barry subiendo al trineo que les esperaba a la puerta del palacio.

—Madame — dijo el monarca sentándose a su lado —, costáis bien cara a Francia.

—¿Y lo lamentas?... — preguntó Juana mirándole con mirada desafiadora.

El Rey permaneció unos momentos callado, luego miró a aquella bellísima mujer y sonrió complacido. Luego le dijo con un poco de amargura:

—¿Juana, todo te lo perdono... porque sabes hacerme olvidar que tengo sesenta años!

—¡Oh... tú no eres un viejo, Luis mío! Cuando el espíritu es joven no se envejece nunca... Eres

joven y hermoso y me amas... eres el amante más ideal que puede tener cualquier mujer en el mundo... ¡Y yo soy la más afortunada de todas las mujeres porque te he encontrado a ti en mi camino!... ¡Vamos a gozar de nuestro paseo en trineo... en esta maravillosa tarde estival!...

Luis XV sabía que toda la Corte había de hablar con acerba ironía de aquella locura; que toda la corte tenía puestos en él sus ojos y que le veía marchar al lado de aquella nueva amante de una belleza esplendorosa. Sabía que las malas lenguas se cebarían en él y en su amante, y pensó tristemente:

—Todo eso se convertirá en más sinsabores... en más contratiempos...

Y su rostro se contrajo en una expresión de dolor y desaliento.

Madame Du Barry, la cortesana, se convirtió en Jeanette, la niña, y riendo para distraer las tristezas de aquel hombre que estaba junto a ella pensativo y cabizbajo, exclamó:

—¿Qué te pasa, Luis? ¿No te gusta este pasco en trineo? No te place ver los campos blancos luciendo al sol? ¿Te has olvidado de tus juegos infantiles? ¿Vamos a tirarnos bolas de nieve?... ¡Verás

cómo nos divertiremos!... ¡Ven, seamos otra vez niños!... ¡No me mires tan serio!... ¡Ea, toma, toma, toma, mi vida!—Y le arrojaba a la cara puñados de azúcar mientras se reía a carcajadas ingenuas y felices como una niña en día de vacaciones.

El rey la miró a los ojos que sonreían e incitaban... Luego, tomó él a su vez un puñado de azúcar y lo arrojó a la cara de ella riéndose también como un niño...

—¡Sí, Juana, sí... juguemos como niños!... ¡Qué bueno es sentirse otra vez joven y otra vez amado!...

INTRIGAS DE LA CORTE

Los dos directores de la oposición facciosa, el Duque de Choiseul y la Duquesa de Grammont, comenzaron su campaña contra la Du Barry. No teniendo, por el momento, otros medios que poner en acción, comenzaron por extender entre el pueblo la fama de los despilfarros del Rey por culpa de aquella mujer que estaba arruinando a Francia con sus locuras y sus caprichos.

Se repartían por todos los barrios de París, y luego por todos los

pueblos y ciudades de Francia, los versos emponzoñados con todo el virus que inspira la envidia y la intriga cortesanas: en aquellos versos, a los que músicos de menor cuantía pusieron música fácil, se cantaban todas las inmoralidades cometidas dentro del Palacio por aquella pareja de amantes impúdicos que no se recataban de nada ni de nadie; se ponía de relieve la maldad de la Du Barry y las debilidades del Rey; y todo el pueblo cantaba aquellos cantos que halagaban su gusto por el escándalo y su pasión por todo cuanto fuera contra aquellos poderosos de la tierra a los que envidiaban desde el fondo de su miseria.

El Primer Ministro del Rey, que veía una amenaza en aquella mujer que se estaba apoderando de las riendas del Gobierno, era el inspirador de aquella campaña de difamación que iba corriendo como reguero de pólvora por todo el reino, escandalizándolo con su vocinglero clamor.

A Juana Du Barry no le importaban gran cosa aquellas intrigas que urdían sus enemigos. Se sentía completamente feliz. Tenía todo lo que deseaba y más aún. Tenía todo lo que nunca se hubiera atrevido a soñar ni aún en sus horas de

delirio. El Rey la amaba y era muy considerado como amante; no tenía nada que reprocharle. Sus apartamentos en el Palacio de Versalles eran los más lujosos y los más confortables. El Rey había introducido en ellos todas las reformas que ella le había sugerido... ¿Qué más podía anhelar? ¿Qué podían importarle los rugidos del pueblo que apenas llegaban hasta ella?... A las fieras había que dejarlas que se desahogaran... y Juana no hacía el menor caso de aquellos alaridos que no podían alcanzarla.

Un día llegó a la corte el Ministro que Francia tenía en Inglaterra. Era el Duque de Aiguillon, un hombre que odiaba la Corte, o que, amándola demasiado, quería vivir alejado de ella porque en ella no encontraba el lugar que su ambición le había fijado... Aiguillon era un hombre guapo, de tipo esbelto, elegante, seductor, joven, lleno de distinción y de una vasta cultura que le hacía triunfar dondequiera que fuere... Pero en la Corte de Francia tenía enemigos de los que no había podido o no había sabido triunfar.

Cuando D'Aiguillon llegó a la Corte el Rey estaba, como de cos-

tumbre, con su amante Madame Du Barry.

—¿Quién es ese D'Aiguillon?— preguntó Juana con curiosidad.

—Es nuestro representante en Inglaterra—respondió el Rey.

—¿Me presentaréis a ese hombre?

—Vuestros deseos son órdenes para mí... Os lo presentaré gustoso...

Aiguillon, mientras hacía antecámara, habló unos momentos con el Duque de Richelieu que no desperdiciaba ocasión de olfatear lo que podía pasar en la Corte.

—¿Os empeñáis en no decirme qué es lo que os trae a Francia?— le dijo Richelieu a D'Aiguillon con el que era enemigo acérrimo.

—Lo siento mucho, Duque, pero no quiero decirlo...

—Sois un amigo bien particular, querido D'Aiguillon...

—Y vos, ¿qué sois vos? No habéis sido vos quien ha traído... a esa mujer a la Corte?

—¿Ah, ya comprendo! ¿Es por ella por lo que venís?—preguntó con marcada ironía Richelieu.

D'Aiguillon iba a lanzarse sobre el Duque, pero Lebel le detuvo con fuerza.

—¡Duque D'Aiguillon!—le gritó. Y luego le dijo con más fami-

liaridad—: No sea loco, Armando, no olvide su carrera...

Su Majestad el Rey recibió al embajador de Francia en Inglaterra. Aiguillon se presentó ante el monarca haciendo la clásica reverencia de corte que él, mejor que nadie, podía hacer con una distinción y una elegancia jamás igualadas.

—Majestad—dijo, inclinándose profundamente.

—D'Aiguillon—contestó el Rey saludando a su Ministro.

La Du Barry, que no se había movido del lado del monarca, le dijo:

—Luis, deberías presentarme antes de que me retire...

—Desde luego, querida... Aiguillon... —comenzó a decir; pero éste le interrumpió diciendo con marcada indiferencia:

—Creo que he conocido a Madame antes de ahora...

—¿Os conocíais?—preguntó el Rey extrañado.

—Sí; la encontré... en una casa de París—dijo d'Aiguillon.

—En una casa de juego — se apresuró a decir la Du Barry antes de que el Duque pudiera decir qué clase de casa era aquella en la que había encontrado a la pequeña

Juana, cuando no era más que una ramera del bulevar.

—Sí... en una casa de juego— afirmó d'Aiguillon.

—Y yo recuerdo perfectamente la historia que se contaba entonces de vos—dijo Juana con malevolencia—. Acababais de llegar de la batalla de Saint Cast... y alguien dijo que se os había encontrado cubierto de harina en el depósito de un molino que había junto al camino... cuando huisteis en desbandada...

—¡Oh, Jeanette! — exclamó el Rey queriendo quitar importancia a aquellas frases molestas pronunciadas por su amante—, eso es una mentira que os costaron, porque d'Aiguillon volvió de aquella batalla cubierto de gloria...

—No, Monseñor... volvió cubierto de harina—exclamó Juana riendo sin piedad.

—Señora... — dijo d'Aiguillon sin perder su perfecta corrección de caballero, despidiéndose de aquella dama que acababa de ofenderle llamándole cobarde y mofándose de él.

Cuando la Du Barry les dejó solos, d'Aiguillon se encaró con el Rey y le dijo muy seriamente:

—Majestad, ¿nadie os ha dicho todavía la verdad?

—¿Qué verdad? —preguntó el Monarca.

—Centenares de miles de almas en vuestro reino están pereciendo de hambre y saben que Su Majestad está gastando millones para satisfacer los caprichos de Madame Du Barry, para llenarla de joyas que cuestan fortunas enormes, para cometer locuras como la de la nieve en pleno verano...

El Rey miró a su Ministro con cansancio y con decepción.

—¿Y has venido desde Inglaterra para sermonearme, mi buen Duque?

—No, Monseñor. He venido para traer a Su Majestad mi informe... Por todas partes hay rebeldes, traidores, descontentos... El odio anida en todos los corazones, la corrupción y la tiranía están haciendo mucho daño en todo vuestro pueblo, señor...

—¡Oh, Aiguillon! Creo que estás en exceso pesimista... Creo que te has alarmado sin motivo alguno...

—Pero, señor, ¿no hay ningún siervo que os sea leal? ¿Nadie ha traído hasta vos los versos y las canciones que se reparten profusamente por las calles de París? ¿Nadie os ha contado todo lo que se murmura acerca de vos y de...

esa mujer? El populacho está contra vos y vuestra amante... Gastáis todo el azúcar de la ciudad para convertirlo en nieve ficticia... Nombráis gobernador a un negro... Yo os lo juro, señor, vuestro trono se tambalea... vuestro reino va a la perdición y vos sólo seréis el culpable...

—¡Oh, Aiguillon, basta ya!... No me fastidies con tus quejas...

—Pero, Majestad... ¿y después de vos?

—¿Después de mí? El diluvio... Pero yo no estaré ya aquí para verlo.

—Pero estáis ciego, Majestad... Hasta los mismos sirvientes del palacio van a las parroquias de París en demanda de una limosna para aplacar su hambre y el hambre es mala consejera... Su Majestad debería leer esos versos que van de mano en mano y aprendería en ellos muchas cosas...

D'Aiguillon se sacó uno de aquellos papeluchos que había recogido y se lo leyó al Rey, que se reía, se reía a grandes carcajadas a cada nuevo insulto que d'Aiguillon leía con toda su seriedad.

—Pompadour hubiera mandado a todos esos poetastros a la Bastilla... pero Jeanette se ríe de ellos

—exclamó el Rey cuando d'Aiguillon hubo terminado su lectura.

—¿Es ésa la razón por la cual esa mujer tiene tanto poder sobre Su Majestad?

—¡Quién sabe!—replicó el Rey pensativo.

—¿Cómo puede esa mujer regir los destinos de Francia?

—Cuando tú seas más viejo, mi querido Duque, quizá lo comprenderás...

—¿Pero qué tiene esa mujer que no puedan tener centenares de miles de otras mujeres?

—Posee el secreto de hacerme olvidar que tengo sesenta años... y eso no se paga con nada, mi querido Duque.

D'Aiguillon saludó al Rey y salió, convencido de que no podría luchar contra aquella mujer directamente y que tendría que emplear medios torcidos para llegar a su fin.

Cuando pasaba por uno de los largos corredores que unían las distintas alas del castillo, d'Aiguillon oyó que le llamaban desde una de las puertas, que se había entreabierto brevemente. Era Madame Du Barry que le decía a media voz:

—¡Duque, Duque!... Venga aquí... un momento.

El Duque se acercó a ella y Du

Barry, con su más encantadora sonrisa, le dijo, mostrando sus manos llenas de joyas preciosas:

—He oído lo que habéis dicho al Rey... yo no sabía la miseria que el pueblo estaba pasando... nadie me ha hablado de ella...

—¿Tanto tiempo hace que Madame ha salido de la miseria para haber olvidado ya a los que sufren hambre?... —preguntó el Duque D'Aiguillon con marcada ironía.

—¡Oh, no!... Pero una procura olvidar la miseria que ha pasado... y ello resulta tan fácil cuando se tiene a mano todo lo que se desea... Tomad, Duque, vended todas esas joyas y dadlas a los pobres que lo necesiten... Vos no podéis comprenderme... porque vos no habéis sido jamás pobre... Id, vended mis joyas...

—Está bien, Madame, no haré más que devolver el dinero a aquellos a quienes se les ha expoliado...

—¿Por qué me odiáis, Aiguillon?—preguntó la Du Barry mirando fijamente a aquel hombre, como si quisiera seducirle o aniquilarle—. ¿Cuál es mi pecado? Yo sólo intento pasar una buena temporada y complacer al Rey... ¿Qué hay en ello de malo?

—Madame... tengo mis motivos para consideraros como mi enemi-

ga... y os trataré siempre como a mi enemiga...

—¡Oh... haced lo que queráis!
— contestó Juana encogiendo sus bellos hombros desnudos por el amplio escote de su traje rocama-do.

EN PIE DE GUERRA

La Duquesa de Grammont, con su instinto, agudizado por su afán de aniquilar a su rival, con su perspicacia de mujer suspicaz y maliciosa, había visto un mal presagio en la llegada del Duque d'Aiguillon.

—¿Sabes quién está en la Corte?
—preguntó a su hermano el Duque de Choiseul.

—¿Quién?
—Tu peor enemigo... el Duque d'Aiguillon.

—¿El Duque d'Aiguillon mi enemigo?

—Sí... el ratón olfatea el queso desde mucho trecho antes de encontrarlo... Aiguillon es tu peor enemigo. Es un ratón más que acude al reparto del queso...

—¡Oh, no, no, no!... Yo sé que el Rey hará siempre lo que yo le aconseje.

—El Rey... está distraído por unas hermosas pantorrillas... y

más de un imperio ha caído por culpa de unas hermosas pantorrillas...

—¿Qué más puedo hacer?... ¿Quieres que la enamore? *

—No, mi querido hermano... Quiero que te sepas hacer insustituible, irremplazable... Quiero que complazcas a España en su pretensión...

—¡Oh, no!— protestó Choiseul rechazando indignado la idea.

—Contesta a España que "sí".

—¿Quieres que haga intervenir a Francia en una guerra que asolará a Europa?

—Quiero que te afiances en el reino de Francia... Es la ocasión propicia para adjudicarte el dominio de millones de francos... Piensa en ti... en mí... ¡Todo es tan fácil!

Choiseul no respondió, pero la semilla plantada por la Duquesa de Grammont no había caído en terreno estéril.

Cuando el Duque de Choiseul presidió el Consejo de Ministros, su partido estaba ya tomado, y cuando se puso en pie para hablar a los reunidos, su palabra era firme, decidida.

—Señores— les dijo—, después de haber luchado largamente con mi propia conciencia, después de

haber meditado muy seriamente en todas las ventajas y desventajas que puede reportar a nuestra amada Francia, he decidido que debemos apoyar a España en la declaración de guerra contra Inglaterra.

—¿Han sido ya arreglados todos los trámites? — preguntó uno de los ministros.

—No todo está arreglado; pero todo marcha a mi completa satisfacción.

—Pero la guerra con Inglaterra hará transformar a Europa en un campo ensangrentado—objetó otro de los ministros.

—El señor ministro—replicó el Duque firmemente— no creerá que un ataque al honor y a la dignidad de una nación pueda arreglarse desde la mesa de un gabinete parlamentario...

—Una palabra, si Su Excelencia me lo permite — arguyó un tercero.

—¿Sí?—preguntó el Duque de Choiseul.

—Hay que tener en cuenta que la futura Delfina de Francia, María Antonieta de Austria, va a llegar pronto para unirse con el Delfín... ¿Cree Su Excelencia conveniente mezclar a Austria en este asunto de la guerra contra Inglaterra?

—Si Austria, tanto si quiere como si no, habrá de ponerse a nuestro lado... España por una parte y Austria por otra, nos protegerán... Tenéis razón... Europa se convertirá en un campo ensangrentado y será su ruina total... Pero nosotros seremos los que triunfaremos de todo...

—¿Tiene ya el señor Ministro el consentimiento del Rey?

—El Rey seguirá nuestros consejos... El Rey hará lo que crea que sea más conveniente para la nación.

El Rey, que había permanecido hasta entonces en silencio, dijo:

—No comparto vuestra idea, Duque... olvidémosla.

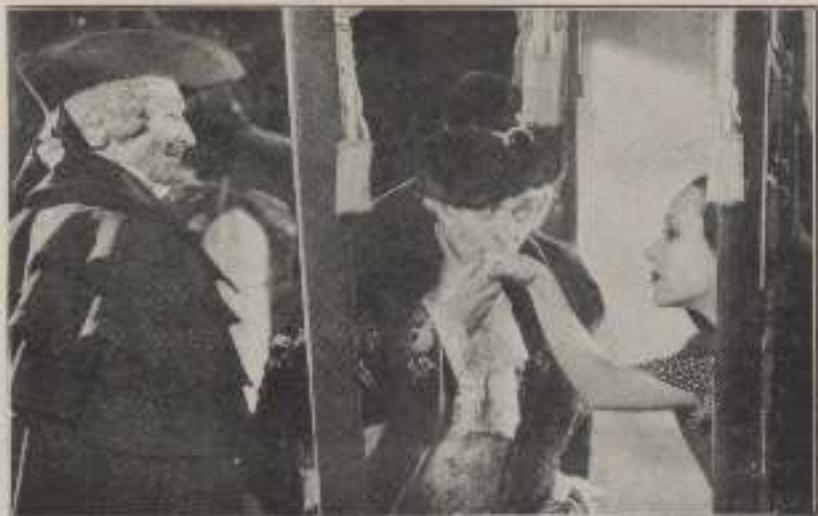
—Pero, señor—dijo el de Choiseul—, si hay guerra, será una guerra justa y necesaria.

—¿Necesaria?— interrumpió el Duque d'Aiguillon—. ¿Cuándo se ha visto que el país necesite esta guerra?

—El Duque d'Aiguillon —dijo el de Choiseul con ironía— teme a la opinión pública... No debemos temer a la opinión pública, señor, debemos dominarla.

—¡Pero la guerra con los ingleses sería una locura!—exclamó el d'Aiguillon.

—Es verdad... dejemos esa idea



« El Rey estaba verdaderamente deslumbrado... »



Despertó en el dormitorio regio que le había sido designado...



„Era un derroche de brillantes, perlas, encajes...



...Era, entre todas aquellas bellezas, la más bella de todas...

Juana Du Barry había conseguido
su empeño...



Había hecho nevar en pleno mes de julio para poder pasear en trineo...



—Madame, tengo mis motivos para consideraros como mi enemiga...



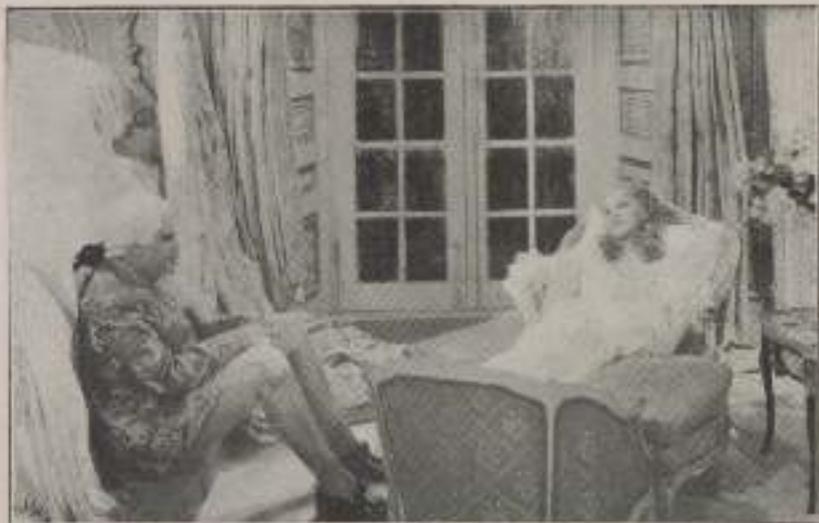
—¿Me será permitido el honor de conducir a Madame hasta Su Majestad?



Du Barry le miró con una mirada intensa, llena de ironía...



—En palacio se aprende a reír.



—¿Me tenéis miedo?— preguntó el Delfín, sin acercarse a él...



—... ¿Quién está con vos en vuestro apartamento?



...El Rey se desplomó sobre el pavimento...



—No me importa morir ahora, Juana...



—Temo por su porvenir, Jeanette, cuando falte el Rey.



...Miró con sus ojos de fuego aquella fúnebre comitiva...

—exclamó el Rey, al que fatigaban aquellas discusiones parlamentarias—. Mi último Ministro procuró siempre evitar la guerra con los ingleses... ¿Por qué no lo hacéis vos también, Choiseul?

—Inglaterra se ha insolentado, señor—porfió Choiseul—. Debemos hacernos respetar por la fuerza... Nuestro pacto con los españoles nos fuerza a prestarles ayuda en estos momentos...

—Pero los españoles no tienen ahora razón—exclamó ya fuera de sí d'Aiguillon.

—¿No dejaremos que sea el Rey el que termine esta cuestión?—sugirió el Duque de Choiseul galantemente.

—Es verdad... Todos hablan aquí menos yo—dijo Luis XV con un ceño infantil—. Yo también quiero hablar. ¿Soy o no soy el Rey, vamos a ver?

En aquel instante se abrió la puerta del gabinete del salón de ministros y apareció la Du Barry gritando:

—¡Luis, Luis, Luis!...

—¿Qué sucede, Madame?—preguntó Luis XV mirando atónito a aquella osada mujer.

—No me llames ahora Madame, Luis... Quiero que todos te oigan llamarme Jeanette... Esos hipócri-

tas redomados que te están halagando siempre los oídos, se han empeñado en que no me presentes a la Corte. Vos, Choiseul, y vuestra odiada hermana, sois los jefes de todas las intrigas que contra mí se urden en la Corte... Luis, tú me prometiste que me presentarías a la Corte... Tú sabes que yo no tengo rango alguno mientras tú no me presentes a la Corte...

—Sí, querida... no he olvidado mi promesa—dijo Luis XV domado por aquella pequeña furia.

—Señor—dijo la Du Barry volviéndose triunfalmente al primer Ministro—. Llevad ese mensaje a la Duquesa de Grammont; decid a vuestra hermana que mañana será presentada a la Corte, a despecho de todas sus intrigas... ¡Ese es mi deseo!

Volvióse altiva, orgullosa, y con paso firme y seguro atravesó todo el salón y salió con la misma violencia con que había entrado en él, seguida esta vez por el Rey, que la miraba embozado por su altivez, su arrogancia y su decisión.

El Duque de Choiseul, cuando ya la Du Barry había salido del salón, dijo dirigiéndose a d'Aiguillon, al que creía su aliado contra la favorita:

—Si todo el trabajo de mi her-

mana junto a las Princesas fracasara, tengo ya otro plan para hacer fracasar a esa odiada mujer... y conseguir que no sea presentada a la Corte.

—Guardaos vuestros planes para vos, mi querido Duque — dijo d'Aiguillon con indiferencia—. Es una cuestión que no me interesa en absoluto... Yo me preocupo de los negocios del Rey... no de sus cuestiones amorosas...

—¿Sois amigo de la Du Barry? — preguntó Choiseul estupefacto.

—Soy amigo del Rey, señor — contestó fríamente d'Aiguillon, volviendo la espalda al primer Ministro.

En el parque, las Infantas se divertían con un grupo de damas que les hacían escolta. La Duquesa de Grammont necesitaba hablar a solas con las hijas del Rey, pero no quería que ninguna de aquellas damitas pudiera adivinar su intención. Se acercó al grupo lentamente, moviendo sobre la arena del sendero la magnificencia de su traje, que hacía resaltar más la esbeltez de su figura y la perfección de su cuerpo. Su rostro quedaba sombreado por el gran sombrero de pa-

ja adornado con plumas de avestruz que se mecían al viento como un elegante airón que coronaba su cabecita llena de pensamientos audaces, que quedaban velados tras la dulzura de sus ojos grises, que no dejaban traslucir lo que tras ellos maquinaba su imaginación exaltada y maliciosa.

—¿Os gustan los pájaros, queridas? — preguntó al grupo de muchachas que se divertía con las Infantas persiguiendo a los pajarillos que anidaban en las grandes arboledas del parque.

—¡Oh, sí!... ¡Son tan encantadores! — replicaron las niñas.

—Pues id a buscar nidos... Me han dicho que del otro lado del parque había gran cantidad... El Abad os dirá dónde están...

Cuando el grupo de muchachas se hubo alejado, la Duquesa de Grammont reunió a las tres hermanas y les dijo en tono misterioso:

—Ahora podremos hablar tranquilas.

—¿Qué sucede? — preguntó, alarmada, Adelaida.

—Su Majestad ha prometido a esa camarera... a esa mujer del pueblo, que sería presentada a la Corte.

—¡Oh, no, no, no!... — exclamaron a coro las tres Princesas.

—Sus Altezas saben que para ser presentada a la Corte es preciso tener una madrina de noble rango... y si sus Altezas hacen saber a todas las damas de la Corte su disconformidad con la presentación de esa mujer...

—¡Estamos disconformes! ¡Que lo sepa toda la corte! — exclamó Adelaida.

—Pero nuestro padre... se pondrá furioso — arguyó Victoria.

—Nunca nos perdonará... — añadió Sofía con ingenio candor.

—Si logramos que el Rey abra los ojos y vea claro... conseguiremos que devuelva al arroyo a esa mujer salida del arroyo...

—¡Oh... será encantador!

—Duquesa — ordenó Adelaida—, decid a todas las damas de la Corte que las Princesas les prohíben que se conviertan en madrinas de esa intrusa...

—Cumpliré vuestras órdenes, Alteza.

La Duquesa de Grammont corrió a contar lo acaecido a su hermano, asegurándole que los asuntos marchaban a pedir de boca, que tenían a las Infantas de su parte y que pronto verían aniquilada a aquella enemiga temible. Pero el Duque de Choiseul no se sentía tan

seguro como su hermana y veía con pesimismo el porvenir.

El Duque de Choiseul sabía que se había creado un nuevo y acaso más poderoso enemigo: el Duque d'Aiguillon y sabía que estaban los dos en pie de guerra... pero no sabía a cuál de los dos favorecería el triunfo... y esto le preocupaba.

El Rey se puso verdaderamente furioso cuando supo que sus hijas se oponían a su deseo. ¿Se habían declarado enemigas? A Luis XV no le importaba mucho el amor de sus hijas; pero le importaba que no se declararan enemigas suyas en aquella cuestión de vida o muerte para él. Si no presentaba a la Corte a Juana, Juana le volvería la espalda para siempre... Estaba seguro de ello. Era la prueba suprema de amor que Juana le había pedido y no se la podía negar. Llamó a las tres Princesas y les dijo netamente que no se inmiscuyeran en sus asuntos particulares; que había dado su palabra de Rey; que Madame Du Barry sería presentada a la Corte, pesara a quién pesara.

Toda la Corte estaba en expectación. La noticia había corrido de boca en boca y todos los comentarios hablaban de la audacia del Rey y de la indignación de las In-

fantas. ¿Qué sucedería? ¿Podría más la suprema voluntad del soberano o la de sus hijas? ¿Sería presentada a la Corte aquella plebeya introducida en Palacio por el Duque de Richelieu? Nadie sabía lo que iba a pasar; pero todas las damas afirmaron que ellas se ponían de parte de sus Altezas las Infantas y que si Madame Du Barry era presentada a la Corte todas le negarían el saludo.

LA PRESENTACION

Madame Du Barry no tenía a la Corte ni a las cortesanas... Estaba segura de ella misma y segura del amor del Rey. Todo lo demás no tenía importancia para ella... Con la ayuda del Duque de Richelieu, que seguía dispensándole su generosa amistad, había encontrado una dama que se prestó a hacerle de madrina mediante unos buenos miles de francos que allanaron todos sus escrúpulos de aristócrata y todos sus miedos de mujer. Era una vieja astuta que había vivido mucho y muy intensamente y que sabía sacarle a la vida todo su jugo. La dama era la Condesa de Bearne y aunque su fama no era como para enorgullecerla, tenía carta blanca en los salones

de la Corte y servía maravillosamente para el cometido que se le encargaba.

El Duque de Richelieu había prometido a la Du Barry que tendría madrina y había cumplido su promesa. La Condesa de Bearne estaba encantada de poder cumplir aquella misión que le reportaba una admirable ganancia en aquellos tiempos en que ya no podía sacar ningún provecho de sus encantos marchitos desde hacía mucho tiempo.

Du Barry se había encargado un traje esplendoroso para aquella gran ocasión. Luciría, además, todas sus joyas. Llevaría un tocado elegante y original. Se presentaría a Palacio en el coche mejor adornado de todo el reino. Quería que su presentación fuera un acontecimiento del que se hablara largamente en la Corte... y fuera de la Corte también. Quería que, con el esplendor con que iba a presentarse, pudieran todos ver que el Rey la amaba verdaderamente y no perdona detalle que pudiera realzar su belleza ni hacerla completamente feliz. Estaba decidida a ser envidiada por todas aquellas mujeres que le habían declarado la guerra, empezando por las tres Princesitas

a las que hubiera querido ver humilladas ante ella, como ante una reina de verdad.

El gran día llegó. La Du Barry estaba en su boudoir en espera de que llegaran el peluquero, el masajista, el maquillador y de que le trajeran el vestido y las joyas que había de lucir en aquella noche suprema, la más ambicionada de su vida toda. El Duque de Richelieu había llegado acompañando a la vieja madrina que sonreía satisfecha ante su "protegida".

—Estoy encantada de conocerla, madrina — dijo la Du Barry tendiéndole la mano.

—Y yo también, Majes... — contestó la Condesa de Bearne haciendo un significativo guiño con los ojos.

Juana se rió alegremente... Sí, ella era la verdadera Majestad... la que dominaba la voluntad del Rey y regia, por lo tanto, los destinos de un pueblo.

—¿No tardará?—preguntó el Duque de Richelieu inclinándose ante la Du Barry.

—No, en seguida iré allá... ¡Soy yo la que más lo desco!...

—Hasta ahora mismo, pues—replicó el de Richelieu haciendo de nuevo una reverencia y saliendo de la habitación.

Madame Du Barry estaba impaciente. La hora pasaba y sus servidores no llegaban.

—¿Dónde está mi vestido?—preguntaba.

—Lo traerán en seguida, madame—contestaba Zamore que aquel día estaba junto a su dueña para atender a todo cuanto ella necesitara.

—¿Y mi peluca?

—Ya está en el camino, no puede tardar en llegar.

—¿Y el peluquero?

—Ha dicho que él mismo traería la peluca.

—¡Pero ya todos tendrían que estar aquí!... ¿Por qué no vienen? ¡Hoy que necesito de ellos como nunca!... ¡Hoy que estoy tan impaciente y que quisiera ya verme en medio de la Corte!

Madame Du Barry no contaba con las intrigas urdidas por sus enemigos la Condesa de Grammont y el Duque de Choiseul.

En aquella noche que para la Du Barry era la más trascendental de toda su vida, sucedieron un sin fin de cosas de las cuales la Du Barry no tenía la menor noticia. Primeramente, el peluquero, que era un hombre timorato, tímido, miedoso, fué amenazado con una muerte espantosa y cruel si acudía a los

llamamientos de la Du Barry, y la peluca que él había elaborado pacientemente, una peluca magnífica, de una blancura imaculada, con rizos impecables y alto tupé, fué totalmente destrozada por unas manos hábiles que no dejaron ni un solo pelo en su lugar correspondiente. Toda aquella obra de arte no servía para nada... Las manos que la destrozaban sabían muy bien que, sin un tocado elegante y soberbio, la presentación en la Corte era imposible; era uno de los detalles que no podían faltar en la toilette de una dama; era una de las etiquetas que no podían ser olvidadas por las que concurrían a los salones reales.

El vestido de Corte había sido robado del taller de la modista antes de que ésta hubiera podido entregarlo y, todas las pesquisas hechas para conocer su paradero o encontrar las huellas de los autores del robo, fueron inútiles.

El coche que la Du Barry había encargado y que tenía que llevarla hasta la puerta principal del Palacio para que su entrada fuera hecha con todos los honores, había sido detenido por el camino por los propios esbirros del Duque de Choiseul y había sido despeñado por un

precipicio para que no quedara de él más que astillas informes.

Si Madame Du Barry lograba por fin ser presentada a la Corte, sería un verdadero milagro, ya que sus enemigos no habían dejado ni un solo hilo suelto de toda aquella maraña de intrigas que habían urdido para evitar aquella presentación que les humillaba.

Du Barry estaba enfurecida. Sus gritos ensordecían a sus criados que ya no sabían qué hacer para apaciguar las iras de su ama. Estaban temblorosos, asustados, irresolutos. Iban de un lado a otro de la habitación sin saber qué hacer, mientras Juana Vauhernier surgía de nuevo a la luz y su vocabulario volvía a tener toda la vileza de la pequeña boulevardière convertida en gran dama por capricho de un Rey disoluto.

Juana comenzaba a comprender el por qué de aquel retraso que no tendría fin. Eran sus enemigos los que habían hecho todo aquello... Era aquella odiada Duquesa de Grammont la que no quería que fuera presentada a la Corte en donde ella era la señora y de la que quedaría desbancada en cuanto Juana pudiera penetrar en los salones del Rey... Era el Duque de Choiseul que temía perder su pue-

to y quería que la Du Barry fuera aniquilada... Juana estaba llena de ira ahora que se daba cuenta de lo que había sucedido... Le daba coraje haber sido tan confiada... Debía haber previsto todo aquello y debía haberlo evitado...

Juana rugía de ira. Sus criados la miraban atemorizados y hasta el propio Zamore se sentía achicado ante la ira de su ama a la que jamás había visto tan exultada y tan furiosa.

De pronto, Juana, que iba vestida solamente con un camisón de seda que dejaba transparente todo su cuerpo escultural de diosa, se irguió, alzó altiva la frente de un blanco mate, dejó que sus ojos centellearan con un brillo siniestro y, con gran asombro de todos los que la rodeaban, dijo, resueltamente:

—¡Vamos!... He prometido ser puntual y no puedo retrasarme más... El Rey me ha de presentar a la Corte... El Rey me espera... No podemos hacer esperar al Rey...

Y de aquella forma, sin añadir palabra, con su pelo negro enmarcándole el rostro empalidecido por la ira, con ojos brillantes y una sonrisa irónica en los labios carnosos y sensuales, abrió la marcha, seguida por su séquito, y se encaminó, a través de los largos corre-

dores de Versalles, a los salones en donde el Rey y la Corte esperaban...

La Corte esperaba... El salón del trono del palacio de Versalles resplandecía de luces y joyas. Todos los cortesanos, damas y caballeros, sabían que aquella era la noche en la que Madame Du Barry debía hacer su entrada en la Corte y la expectación general crecía de minuto en minuto a medida que iba acercándose la hora. Sólo el Primer Ministro y su hermana la Duquesa de Grammont se mostraban tranquilos e inalterables. ¡Estaban tan seguros de su triunfo!...

El tiempo pasaba, pero la fiesta no podía dar comienzo hasta que el Rey diera la señal.

—¿Está todo a punto?—preguntó Luis XV a su Primer Ministro.

—La Corte espera sólo la señal de su Majestad—replicó el de Choiseul.

—¿Todo el mundo está aquí?

—Todos, Señor, menos Su Alteza el Delfín...

—¿El Delfín?... Bueno, no importa... debe estar haciendo algún experimento o comiendo algunos de sus platos favoritos... Vos decís que ya toda la Corte está reunida, y yo pregunto, ¿dónde está Madame Du Barry? Es por ella por la que se

da esta recepción... Es por ella por quien yo estoy aquí... Y ella, ¿por qué no ha venido?

— Señor... cuando llegue tendréis que decirle lo que vuestro augusto Abuelo dijo a la Reina: "Madame, algo espantoso ha ocurrido... casi me habéis hecho esperar"...

— ¿Eso le dijo? Era gracioso mi abuelo... Pero, ¿por qué no viene Juana? La hora ha pasado ya...

— Y la Corte espera, Señor...

— ¡Que espere unos minutos más... ya no puede tardar en venir!...

Madame Du Barry se presentó en aquel momento en la puerta del salón. Venía vestida con su blanca camisa de noche, de línea severa que contrastaba todavía más con la pompa de los trajes de corte de las otras damas rígidas dentro de sus miriñaques... Su pelo estaba sin empolver, su cabeza descubierta; lucía sus bucles negrísimo que le caían sobre los blancos hombros contrastando con la nacarada luminosidad de su carne. ¡No llevaba ni una joya, ni una flor, ni un adorno... y estaba deslumbrante de belleza! Sus ojos relucían como dos brasas de fuego y su boca se entreabría con una sonrisa llena de ironía y de misterio.

— ¡Anunciadme!—dijo al heral-

do que estaba en la puerta—. Soy la Condesa Du Barry.

— ¡La Condesa Du Barry!—exclamó el heraldo obedeciendo a la orden.

La Corte entera miró hacia la puerta y una exclamación de asombro, de indignación, de crítica, corrió como un murmullo de tempestad por todo el salón. ¡La Du Barry había conseguido llegar a la Corte a pesar de todas las intrigas y de todas las maniobras de sus enemigos!... El Duque de Choiseul miró desconcertado a su hermana y la Duquesa de Grammont reprimió una exclamación de ira que le asomaba a los labios.

La Du Barry miraba a todos con aire despreocupado, satisfecha de la sorpresa que había causado, y esperaba, pacientemente, a que se adelantara hasta ella el caballero que había de conducirla a la presencia del Rey.

Ninguno se movía de su lugar... Luis XV, sorprendido a su vez, exclamó:

— ¿No hay en mi Corte ningún caballero?

El Duque de Choiseul se inclinó, sin moverse de su puesto, y dijo a la intrusa:

— ¿Dónde está la madrina de Madame? ¿Dónde está la que debe

presentar a Madame a esta Corte?

—Duque—replicó Juana sin inmutarse—. No vengo a ser presentada... vengo sólo a hacer una visita al Rey...

El Rey carraspeó y dijo, dirigiéndose al Delfin que estaba ahora a su lado:

—¡Dad el brazo a Madame, Monseñor!

El Delfin titubeó, vió los ojos del Primer Ministro que se fijaban sobre él y le negaban el permiso para hacer aquel paso que le indispondría con la Corte entera, y no obedeció el mandato de su abuelo. El Duque de Richelieu, que tenía que ahora le fuera ordenado a él aquel paso que había de comprometer de manera definitiva al que lo diera, esquivó sus miradas del Rey y procuró que no se fijara en él la Augusta voluntad. El silencio era intenso, abrumador... Y Juana esperaba, siempre sonriendo con aquella sonrisa despectiva y enigmática. El Duque d'Aiguillon, aquel que se había declarado por sí mismo enemigo irreconciliable de Madame Du Barry, fué el que se adelantó hasta ella y, ofreciéndole con profunda reverencia su brazo, le dijo:

—¿Me será permitido el honor

de conducir a Madame hasta su Majestad?

¡Du Barry estaba triunfante! Apoyó su mano en el brazo de d'Aiguillon y cruzó todo el salón por entre las dos filas de cortesanos que contemplaban atónitos aquella escena. Juana, con la frente alta, la mirada desafiadora, retadora la expresión, dijo en voz muy baja a su acompañante:

—¡Duque, vos me habéis dado vuestro brazo en un momento difícil... Yo os daré algo también, a cambio de ello... quizás un beso... ¡o quizás un reino!...

Llegaron ante el Rey y Madame Du Barry inició su profunda reverencia, pero, como era costumbre, el Rey se levantó y le tendió la mano evitando así que la reverencia llegara a su fin; y levantándose hasta estar frente a frente de ella le preguntó con curiosidad:

—¿Qué vestido te has puesto, Juana?

—¿No te parece encantador Luis?... He pensado que la Corte necesitaba cambiar un poco... Me molestan esas faldas rígidas, esas grandes jaulas del miriñaque; me parecen demasiado serias para una mujer joven y bonita... Y las grandes pelucas empolvadas... ¿No te

gustan más mis bucles negros con los que tú juegas siempre?...

El Rey y su amante hablaban en tono confidencial mientras la Corte en peso comentaba aquel paso atrevido dado por la audaz modistilla elevada a amante del monarca. Todos mostraban con sus murmuraciones el disgusto que les producía aquella situación que nunca se había tolerado. Todos comentaban con acritud la conducta del Rey y el descaro de aquella mujer que había roto con las viejas costumbres y los antiguos moldes.

La Duquesa de Grammont y el Duque de Choiseul conversaban aparte comentando aquel hecho inaudito. Las hijas del Rey charlaban como cotortas alborotadas. Las damas susurraban sus comentarios acerbos y todos en peso se admiraban del atrevimiento de aquella mujer que se había atrevido a presentarse ante la Corte en aquella toilette sucinta y provocativa... ¡y que había aparecido en pleno salón sin ponerse ni siquiera la peluca!... ¡Aquello era el colmo del descaro y de la audacia!

Durante aquellos minutos de emoción y de crítica, un mensajero se acercó al Delfín y le entregó un papel. El joven Príncipe lo leyó y exclamó entusiasmado:

—¡Abuelito!... ¡María Antonietta va a llegar! ¡María Antonietta ha cruzado ya la frontera francesa!

El Rey miró a su nieto con visible disgusto... ¿A qué venía aquella explosión de júbilo tan intempestiva?... ¿Qué le importaba a él la alegría del Delfín al saber que su futura esposa iba a llegar, cuando estaba él en brazos de su amada? Miró muy de cerca a su nieto y le dijo con odio reconcentrado:

—¡Está bien! Ya puedes ceñir bien tu espada, vestir con elegancia tu casaca... y limpiar tu boca de babas... ¡Esto es una Corte, no es una taberna!

El Delfín era muy despreocupado en el arreglo de su persona, y las palabras del Rey le hicieron reparar en que había acudido a los salones sin arreglarse como correspondía a un caballero de su estirpe; pero era tan grande la alegría que sentía ante la noticia de la próxima llegada de su prometida, que no tomó en cuenta las palabras duras del Monarca y repitió en tono alborozado:

—¡María Antonietta va a llegar!...

—Sí, ya lo he oído—replicó el Rey. Luego se dirigió a su Primer Ministro y ordenó—: ¡Que se ha-

gan todos los preparativos para recibir dignamente a la hija de María Teresa de Austria. Quiero que la boda de María Antonieta con mi nieto el Delfín, sea la ceremonia más esplendorosa que se haya celebrado en Corte alguna; quiero que sea una fiesta que honre por sí sola toda la historia de Francia.

El Duque de Choiseul se inclinó ante su soberano en señal de asentimiento y de haber comprendido sus órdenes. Luego hizo otra inclinación ante Madame Du Barry que estaba allí, junto al Rey, alta la cabeza, serena la mirada, altiva la frente, en una actitud de orgullo y desafío. Con una calma pérfida miró al Primer Ministro del Rey y sus labios se entreabrieron en una sonrisa enigmática y malévolamente que era como una amenaza para aquel hombre al que sabía era su peor enemigo.

—Juana—susurró el Rey—, nos has hecho esperar mucho tiempo y estoy fatigado. Vamos a despedirnos de la Corte y nos retiraremos a nuestras habitaciones.

Bajó de su trono, dió el brazo a la impúdica Madame Du Barry y así unidos atravesaron todo el Salón del Trono, entre las dos largas filas de cortesanos que humilla-

ban su cabeza en la reverencia de honor y se inclinaban casi hasta tocar el suelo al paso de aquella modistilla que gobernaba actualmente los destinos de Francia.

Era la hora del triunfo y del honor para Madame Du Barry y ella sentía que aquella hora no volvería a ser jamás reproducida en su vida... Era la hora cumbre de su existencia de aventurera.

El Rey volvió a mirar con curiosidad el traje sencillo, de línea sintética y atrevida que moldeaba el cuerpo de su amada. Miró de nuevo su peinado de admirable sencillez, sus bucles negrísimos en los que no había puesto la mano ningún artista del tocado y que se enrollaban naturalmente sobre la nuca blanquísima y desnuda y sintió como nunca, el atractivo indiscutible de aquella belleza que había logrado trastornarle.

—Juana— le dijo en tono casi imperceptible, queriendo satisfacer su curiosidad—. ¿De dónde has sacado ese vestido tan original y tan atractivo?

—¡Oh, Luis... creí que lo habrías reconocido!... ¡Es mi camisa de dormir!

LA EMBOSCADA

Madame Du Barry estaba sentada en su boudoir, vestida con un magnífico negligé blanco y negro que dejaba al descubierto muchos de los encantos que enloquecían a su Rey. Estaba en actitud de quien espera... y contemplaba el fuego que chisporroteaba en la chimenea con el oído atento a los ruidos que venían de fuera y con una sonrisa esfumada en sus labios... Du Barry estaba esperando a su peor enemigo, el Duque de Choiseul, Primer Ministro del Rey. Ella le había mandado llamar, y su cómplice había sido su gran amigo el de Richelieu, que no perdía ocasión para trabajar a favor suyo, sin importar-le nada los ajenos intereses.

—Cuando le he dicho que vos le llamábais—le había dicho el Duque de Richelieu—, ha manifestado una intensa alegría que no ha podido disimular.

—¡Oh, encantador!— había exclamado la Du Barry.

—Estad, pues, preparada... Esta noche vendrá...

—No temáis. Estaré bien preparada, Duque—contestó ella con marcada intención.

Y, bien preparada, aguardaba ahora la llegada del Duque de Choi-

seul que ya no podía tardar. La lluvia caía torrencialmente. Era una noche sombría, helada, maléfica; pero Du Barry no pensaba en el tiempo que estaba haciendo, sino en el visitante que iba a llegar a pesar de aquel tiempo infernal...

—¡Zamore!—ordenó Juana a su sirviente negro—. Llévate a Fifi—. Y le dió a su perrito faldero que la estorbaba para sus fines... Necesitaba estar completamente sola...

Unos golpecitos dados en la puerta la sacaron de su abstracción... ¡Era él que llegaba!... Se levantó y salió a recibir al Duque con grandes muestras de júbilo:

—¡Oh, es una galantería tan grande la que os debo, Duque!— le dijo estrechándole la mano y dejando que él besara la suya menudita y cálida—. Haber acudido a mi llamamiento en una noche como está...

—Para mí es un placer complacer a Madame...

—¡Oh... pero venís completamente empapado...!— exclamó la Du Barry tentándole la ropa que estaba, en efecto, empapada por la lluvia—. Pasad a ese pequeño reservado... Encontraréis infinidad de ropa... elegid la que más os guste. ¿Qué color es vuestro favorito?

—¡Oh, Madame!... creo que no es necesario...

—Sí, pónese esta bata y estas pantuflas... ¿No os gusta el rojo?

—Es mi color favorito.

—Pues no titubeéis... Cambiáos de ropa; pónese cómodo... Esta noche el Rey no vendrá... podéis estar tranquilo—dijo la Du Barry subrayando sus frases.

El Duque de Choiseul sonrió, confundido, a la amante del Rey y penetró en la pequeña habitación para cambiar de ropa. La Du Barry aprovechó aquellos momentos para cerrar con llave la puerta de su boudoir y esconder la llave entre los pliegues de sus enaguas. Cuando el Duque penetró de nuevo en la habitación vió a Juana que seguía sentada tranquilamente junto al fuego y no sospechó nada... Estaba halagado por el llamamiento hecho por aquella bellísima mujer y esperaba sin zozobras el desarrollo de la escena que iba a seguir.

Du Barry sonrió al Duque y le ofreció un sillón frente a ella. Luego le dijo con infinita dulzura:

—Os he mandado llamar, Duque, porque necesito de vuestro consejo y de vuestra ayuda.

—Estoy a vuestras órdenes, Madame...—respondió el de Choiseul.

—¿Madame? — dijo Juana mi-

rando fijamente al Duque y poniendo mucha coquetería en sus palabras—. No... llámame Jeanette, es lo suplico...

—¡Está bien, Jeanette! — contestó cada vez más halagado el de Choiseul.

—Sé perfectamente—dijo Juana sin afectación—; que vuestra hermana me odia, pero estaba segura de que vos érais mi amigo... ¡Estoy tan cansada de luchar contra todos!... No deseo nada más que paz y bienestar... No quiero daño a nadie; ¿por qué los demás quieren ver mi ruina?... ¡Por eso necesito un amigo, un amigo sincero que me proteja y me oriente entre todas las intrigas de esta corte perversa! ¿Sabéis lo que pasó anoche? El Duque d'Aiguillon, que me odia, que es mi enemigo mortal, porque él mismo me lo ha dicho, ¿sabéis por qué se adelantó a ofrecirme el brazo cuando todos me lo negaban? Simplemente por despecho, porque sus planes contra mí habían fracasado...

El Primer Ministro bajó los ojos... No podía resistir la mirada fija, ardiente, apasionada de aquella mujer que parecía querer penetrar en lo más hondo de su conciencia, y permaneció callado, mientras ella siguió diciendo:

—Sí, señor, ese villano d'Aguilon quería perderme e hizo todo cuanto pudo para evitar que yo me presentara en la Corte. Estropeó mi vestido de gala; destruyó mi peluca; hizo estrellar a mi coche; encarceló a mi madrina la Condesa de Bearne; detuvo en el camino al peluquero que tenía que arreglarme... ¡Todo lo hizo para evitar que yo me presentara en los salones del Rey!... Quiero vengarme de ese bandido, Duque... ¿Me ayudarán vos? Quiero que sea arrojado de la Corte; quiero tomar mi revancha y hacer con él un escarmiento fuerte...

El Duque de Choiseul, hipócritamente, alzó los ojos a la Du Barry y dijo en el colmo del entusiasmo:

—Sí, Jeanette, yo te ayudaré... ¡Arruinaré a ese malvado d'Aguilon! ¡Un insulto inferido a tu persona es un insulto inferido a la persona del Rey!... ¡Yo vengaré las injurias que se os han hecho!

Du Barry le miró con una mirada intensa, llena de ironía y de maldad, pero reprimiéndose, queriendo que su venganza llegara en el momento preciso, dijo con voz suave que disimulaba perfectamente su estado de ánimo:

—¡Ya sabía yo, Choiseul, que érais mi amigo... mi buen amigo!

—Sí, Jeanette... pero ahora espe-

ro mi recompensa—dijo el de Choiseul, abriendo los brazos y esperando que aquella mujer se ofreciera a ellos sin reserva.

Juana se replegó con fingida modestia, hizo todos los posibles para que el rubor subiera a sus mejillas, pero esto era muy difícil de conseguir, porque Juana hacía ya muchos años que había olvidado lo que era el rubor, y se limitó a murmurar con un acento casi infantil:

—¡Oh... Duque!...

Y sonó en aquel instante la hora de la venganza. En la habitación vecina se escucharon golpes fuertes y voces destempladas.

—¿Qué ocurre?—preguntó el de Choiseul, mirando atónito a Juana.

—¡El Rey!—exclamó ésta fingiendo un terror loco.

—¿Pero no me habías dicho que el Rey no vendría esta noche a tus habitaciones?—preguntó con desesperación el primer Ministro.

—¡Juana!... ¡Juana!—gritaba la voz del Rey dando repetidos golpes en la puerta.

La Du Barry se levantó y sonrió silenciosa, malévola al Duque; luego cogió su propio negligé y lo apartó como si lo hubieran violentado, dejando más al descubierto sus formas tentadoras y provocativas; en seguida, sin dejar de

sonreír sardónicamente, comenzó a lanzar agudos gritos, pidiendo socorro.

El Duque de Choiseul miró aterrorizado a aquella mujer que en tan pocos instantes había cambiado y le pidió desesperado:

—¡La llave, dame la llave para abrir esta puerta!

—¡Socorro!... ¡Socorro! — seguía gritando la Du Barry sin hacer ningún caso a la demanda del de Choiseul y apartándose cada vez más el negligé y despeinando sus cabellos para simular una lucha que no había existido más que en su perversa imaginación.

—¿Qué representa todo esto?— preguntó el de Choiseul, verdaderamente alarmado.

—¡Es mi venganza... amigo mío!.. Mi venganza por haber estropeado mi traje, y haber destrozado mi peluca, y haber encerrado a mi madrina... y haberos empeñado en que no fuera presentada dignamente a la Corte... ¡También yo sé intrigar!... ¡Socorro!... ¡Socorro!...

—¡Juana!... ¡Juana!—gritaba el Rey desde la otra parte de la puerta a la que daba fuertes empujones.

—Señora... si salgo con vida de este trance os prometo que mi venganza será todavía mayor—dijo el

de Choiseul, mordiendo las palabras.

La puerta, de pronto, cedió a los repetidos empujones y cayó con gran estrépito, dando paso al Rey. Su Majestad pudo ver a su amante con el pelo en desorden, las ropas violentadas, el rostro inundado de un terror magníficamente fingido... Vió a Choiseul vestido con sus ropas de cámara... y reconstruyó en un momento la escena. Sus ojos despedían fuego de ira y miraba con odio a Choiseul...

La Du Barry corrió a refugiarse en los brazos que le tendía el Monarca, y llorosa, le dijo:

—¡Luis... socorro!... ¡Has llegado a tiempo!... Ese villano quería deshonorarme.

—¡Tú!—exclamó el Rey fuera de sí—. Tú, mi Primer Ministro, el hombre en quien yo pensaba podía confiar... ¡Tú eres el traidor!

—¡Majestad... yo os explicaré!... —dijo el de Choiseul, titubeando.

—¡Luis!—sollozó la Du Barry, hundiendo cada vez más su rostro en el pecho de su amante—. Ha venido aquí con la excusa de que quería secar sus vestidos empapados en lluvia... Luego ha cerrado la puerta y ha querido abusar de mí...

—¡Majestad! Protesto contra esa acusación... ¡Esto es una emboscada que se me ha tendido!...

—¡Silencio, Duque!—ordenó el Rey mientras acariciaba la cabecita morena que se sacudía fuertemente por los sollozos escapados del pecho de su adorada Juana—. No estáis en condiciones de protestar contra nada. Vos mismo os acusáis con vuestra actitud.

—¡Pero, Majestad! — quiso argüir de nuevo el de Choiseul; pero el Rey le interrumpió:

—¡Lo perdonaría todo... pero haber usado mi misma bata y mis propias pantuflas... eso ya es demasiado, señor!... ¡Daos por arrestado!...

—¡Oh! — suspiró la Du Barry, abrazando más fuerte al Rey, porque aquello era ya casi más de lo que ella se había atrevido a esperar...

Así, aquella mujer que se había introducido en la Corte y que regía los destinos de un pueblo, conseguía, no sólo deshacerse de su más encarnizado enemigo, sino evitar la guerra que estaba a punto de estallar entre Inglaterra y Francia, por voluntad expresa del odiado Duque de Choiseul.

EL CASAMIENTO DEL DELFIN

Durante algún tiempo todo pareció sonreír a la Condesa Du Barry. Francia e Inglaterra habían conseguido no romper las hostilidades que el Duque de Choiseul había tenido empeño en romper. El embajador de Inglaterra, llamado por el Duque d'Aiguillon, elevado a Primer Ministro desde que Choiseul había caído en desgracia, se había presentado en el Palacio de Versalles donde fué recibido por el nuevo Primer Ministro:

—Excelencia — le había dicho d'Aiguillon—es mi deber como Primer Ministro informaros, en nombre de Su Majestad Luis XV de Francia, que, gracias a la dimisión del Duque de Choiseul, mi antecesor, no hay posibilidad alguna de que Francie declare la guerra a Inglaterra para favorecer a sus aliados los españoles.

—¡Oh, Excelencia!—exclamó el embajador inglés — ¿queréis decir que esa mujer... ese producto de los arrabales... ha conseguido lo que la lógica, la razón... y los mejores estadistas no lograron?

—Exactamente, amigo mío...

—¡Oh!... ¡qué gran frase para

la historia!—exclamó riendo el embajador de Inglaterra.

Así había quedado terminado aquel asunto en el que la Du Barry había puesto su empeño y así había podido la pequeña boulevardière reafirmar su poder en el trono, en aquel trono al que ella no se había jamás sentado, pero al que había tenido siempre rendido a sus pies.

Madame Du Barry vivía gozosa desde su total triunfo, desde que había conseguido hacer caer en desgracia al odiado Duque de Choiseul y a su hermana la Condesa de Gramont, que no era ahora ya la que mandaba y regía los destinos de la Corte. Juana creía que ya nada podría contra ella... pero Juana no contaba que desde Austria estaba caminando hacia Francia la que le había de declarar la guerra más encarnizada y más sin cuartel que se haya podido declarar jamás entre dos mujeres de distinto rango, puestas por el azar a un idéntico nivel.

La Corte se había trasladado a Compiègne para recibir dignamente a María Antonieta, a la hija de María Teresa de Austria, que venía a unir su destino al destino del futuro Rey de Francia. El Delfín, acompañado de su augusto abuelo y

de su familia toda, esperaba con impaciencia, pero algo aturdido, la llegada de su novia. Y toda la Corte sentía la emoción del momento en que se presentaría la futura Reina de Francia, cuyo casamiento con el Delfín representaba la alianza de dos grandes potencias europeas.

Con el Rey y las Infantas había ido también la Condesa Du Barry que quería presentar su homenaje a la jovencita que llegaba desde tan lejos para ser más tarde la que dominara los destinos del pueblo que estaba ahora bajo las riendas de la Du Barry.

—¡Ya llega!... ¡Ya llega! —exclamaron de pronto las damas de honor de la Corte—. ¡Ya llega, Monseñor!

—¿Quién llega? —preguntó el Rey, que estaba distraído

—María Antonieta...—replicó el Delfín mientras engullía unos cuantos dulces, por los que sentía una pasión loca.

—¡Ah!... ¡tu novia!... Y tú entretanto estás comiendo dulces... Eso no se hace... ¡Siempre serás un idiota perfecto!... Prepárate para recibir a tu futura esposa—exclamó el Rey indignado, mientras se aprestaba él mismo y todo su séquito a rendir los honores a aquella jovencita que descendía con gra-

ciosa distinción de la carretela que la había llevado hasta allá.

La muchedumbre se apiñaba en torno para ver mejor aquella escena emocionante y esplendorosa, que se desarrollaba ante sus ojos. Un niño, al que su padre alzaba en brazos para que pudiera ver mejor la escena, preguntó con su voccecita ingenua:

—¿Quién es esa dama, papá?—
Y señaló a María Antonieta.

—Es la última Reina de Francia, hijo mío—replicó aquel hombre con un acento de rencor y de odio.

—¿Qué has dicho?—le preguntó el guardia que estaba junto a él.

—He dicho que era... la futura Reina de Francia—contestó el hombre, ocultando su odio dentro del pecho.

María Antonieta se acercaba al grupo formado por el Rey, el Delfín y las Infantas. Era una muchachita de unos quince años, una niña casi, de figurilla delgada y airada, de cara perfecta, y de un porte de suma distinción y elegancia.

—Es muy delgadilla—murmuró el Rey juzgando a la muchacha con sus ojos de experto conocedor del sexo femenino—. ¡Demasiado delgada, para mi gusto!...

Luego inclinóse ante la jovencita y tomándola de la mano, le dijo:

—Este es el Delfín, tu futuro esposo...

—Estoy muy contenta de conocer a Su Alteza—contestó María Antonieta, haciendo de nuevo su reverencia cortesana y con una formalidad estudiada.

—Y éstas son mis hijas, Adelaida, Victoria y Sofía...

María Antonieta fué inclinándose ante cada una de ellas con su graciosa reverencia y diciendo al mismo tiempo la frase reglamentaria:

—Estoy muy contenta de conocer a Su Alteza...

Entonces el Rey tomó de la mano a su amada Du Barry, la hizo adelantar hasta colocarla frente a la joven Princesa, y le dijo, presentándola:

—Y ésta es mi mejor, mi más amada amiga... la Condesa Du Barry.

María Antonieta no hizo su reverencia de Corte; esta vez permaneció altiva, mirando con desdén a la Condesa Du Barry, con un orgullo fiero, con una mirada de reto y desafío, y luego dijo, volviendo la espalda con desprecio:

—Mi madre me había dicho que

debía hablar a la Condesa; pero yo no quiero hacerlo...

Luis XV vió como María Antonieta volvió la espalda a su amante y murmuró para sí mismo, tristemente:

—¡Más preocupaciones!...

El Rey y su séquito volvieron a penetrar en los carruajes que les habían conducido hasta Compiègne y emprendieron el retorno a Versalles donde la ceremonia nupcial debía tener lugar.

El Palacio había sido engalanado profusamente y las luces y las flores llenaban los vastos salones y los larguísimo corredores de mármol y oro. Los regalos ofrecidos al Delfín con motivo de su boda eran esplendorosas y de una riqueza deslumbradora. Toda la Corte había ofrecido al futuro monarca un homenaje de respeto y simpatía. Y el pueblo entero se apiñaba en los jardines del gran parque versallesco en donde las fuentes rompían en lluvia de diamantes, alzándose al cielo en cascadas que brillaban a la luz artificial de las antorchas.

En el interior del Palacio todas las grandes arañas de oro y pedrería estaban encendidas y su luz centelleaba al chocar con los espejos y con la rutilante cristalería de las

mesas puestas a lo largo de los inmensos salones, habilitados todos para la gran fiesta.

A pesar del bullicio y la confusión y a pesar de las obligaciones que el protocolo imponía a su elevado cargo de Primer Ministro, D'Aiguillon procuraba permanecer cuanto podía al lado de Madame Du Barry. Y no era sólo por gratitud, pues debía su cargo a la maniobra de Juana contra el Duque de Choiseul, sino por otra clase de sentimientos todavía no bien determinados, pero a los cuales no era ajena la juventud de ambos ni la belleza de la favorita. Era curioso ver como éstos, que un día se declararon mutuamente enemigos, iban ahora del brazo, prodigándose sonrisas y buscando una soledad relativa en que fuesen posibles, tal vez, expansiones más libres. Llegaron a una sala apartada y D'Aiguillon, llenando de champagne dos copas de oro ofreció una a Du Barry al mismo tiempo que le recordaba maliciosamente aquellas palabras:

—“Madame, ¿debo considerarla como mi enemiga?”

—Su memoria es impecable — respondió Juana riendo.

Y como el Duque siguiera el ejemplo, observó:

—En Palacio se aprende a reír. Antes era usted tan huraño...

No tardaron en ser interrumpidos. El Rey preguntó por Juana y la mandó buscar. Quería exhibirla con más despreocupación que nunca y hacerla una vez más testigo de su espléndida y poderío.

Luis XV estaba en todo su apogeo. El brillo de la gloria de los salones era su gran ambición. Toda su vida la había pasado entre galanterías y palabras triviales que, sin llevar en su seno trascendencia alguna, halagan el odio y hacen la vida amable... El Rey Sol, ya en su ocaso, tenía un destello de gloria en aquel día en que su nieto iba a contraer matrimonio, y Luis XV tenía aún la secreta esperanza de poder conocer a un biznieto que le hiciera concebir un reinado feliz para su patria, un reinado que no se pareciera al reinado que había de darle aquel estúpido nieto suyo en el que no tenía ninguna fé.

Se habían preparado fiestas como jamás Francia las había visto. El Rey sabía hacer bien todas aquellas cosas y centenares de mujeres bellas, vestidas con livianos trajes de gasa, danzaban por los salones y envolvían en un hálito de sensualismo y de orgía todos los ámbitos del Palacio Real.

El Rey había querido hablar a su nieto antes de que la noche de bodas llegara... Temía que aquel muchacho al que nadie se había preocupado de instruir, que había vivido siempre apartado de todas las fiestas y dedicado exclusivamente al estudio de las ciencias, ignorase los deberes que impone al hombre el matrimonio... El Rey debía convencerse pronto de que su nieto el Delfín ignoraba totalmente cualquiera de esos deberes... Y el Rey llamó al tutor del príncipe.

—¿Su Majestad desea? — preguntó el tutor, que era un sabio, pero al que el brillo de la Corte deslumbraba hasta el punto de no dejarle ver nada más que su propio interior.

—Siéntate aquí, a mi lado, quiero hablarte... ¿Tú has sido el tutor de mi nieto durante mucho tiempo, verdad?

—Sí, Majestad... desde que era un niño.

—¿Y qué le has enseñado?

—Señor, ¿qué queréis decir?

—Te pregunto qué materias le has enseñado—insistió el Rey.

—¿Las materias que le he enseñado? ¡Pues todo lo que hace ser grande al hombre!... Le he enseñado Matemáticas, Geografía, Mecánica, Química... ¡Y al Delfín le en-

cantan los experimentos químicos!...

—Está bien; pero... ¿y sus emociones? ¿Y sus deseos?... Además de todas esas ciencias que tú le has enseñado y que no le servirán de nada para aprender la ciencia más difícil de todas: la ciencia de vivir, debías haberle enseñado cómo se ha de comportar un hombre dentro de la familia... ¿comprendes?

—Señor, a mí nadie me dijo que debía enseñar al Príncipe a ser un buen marido...

—Ya comprendo... ¡Ahora es demasiado tarde para empezar!—exclamó el Rey con tristeza...—¿Sabes lo que me pasó a mí la noche de mi boda?—preguntó al pobre pedagogo que estaba verdaderamente consternado.

—No, señor —replicó el pobre sabio.

—Yo te lo contaré... También tuve yo como tutor a un hombre tan sabio como tú... que apenas me enseñó nada de lo que me hacía falta saber. Y yo era casi tan estúpido como el Delfín. Pero mi abuelo me salvó... Comprendió lo que iba a pasar y me regaló una magnífica colección de dibujos... tan interesantes, que los he guardado siempre como una inaprecia-

ble reliquia, porque aquellos dibujos me enseñaron a vivir.

—¿Dibujos, Señor? —preguntó el pedagogo sin comprender.

—Sí; aguafuertes, grabados en madera, dibujos al carbón... Una colección maravillosa... Unos dibujos reales, naturales, de la más pura naturaleza... Dibujos de un primitivismo encantador. Son tan bellos que los conservo tal como me los dió mi abuelo. Te los doy para que los enseñes a tu discípulo, pero te ruego que le dejes solo ante aquellas efigies que le enseñarán a vivir...

—Señor, ¿y cuánto tiempo queréis que lo deje ante esos dibujos de que me habláis?—preguntó el tutor, sin comprender la idea del Rey.

—No sé... Depende del tiempo que tarde en penetrar en su cerebro la idea... del tiempo que tarde la idea en atravesar las brumas... Dejadle una media hora...

—Sí, señor...

—¡Aunque tres minutos deberían bastarle!

Pero el Delfín salió de la galería en donde su abuelo tenía la colección de dibujos sin haber sentido ninguna impresión nueva dentro de su ser. La expresión de su rostro se-

guía siendo la de siempre, una expresión indiferente, abstracta, que no era capaz de mostrar jamás los altibajos de sus sentimientos.

El Rey no pudo menos de hacer un mohín de disgusto... ¿Qué sería del Delfín y de la futura Reina de Francia?... Presentía que aquella noche de bodas que se avecinaba no sería lo que debería ser... Pero el Rey se dejó deslumbrar por el brillo de la fiesta, por la belleza de las bailarinas que movían en acompasados movimientos llenos de voluptuosidad e incitación sus cuerpos casi desnudos, por el sonido de la música que le mecía dulcemente, por los cantos que evocaban en él toda su pasada juventud. A despecho de él mismo se sentía excitado por aquel ambiente y por el vino y por los perfumes que emanaban de las flores y de las mujeres. Y sentía una íntima satisfacción porque, al fin y al cabo, aquel Príncipe idiota, como él le llamaba, era su único nieto, el heredero del Trono, el hombre que había de sucederle en el reinado de su Francia querida... Además, la unión con Austria, que estaba en todo su auge y su poderío, era una buena medida diplomática que aseguraba para mucho tiempo la tranquilidad de Francia... El Rey estaba conten-

to, contento de sí mismo y del mundo entero...

María Antonietta se había retirado a sus habitaciones, acompañada de su Camarera Mayor Madame de Noailles.

—En Austria — decía la joven dama — me habían asegurado que el Delfín era un hombre guapo... pero he constatado que no lo es. ¿Por qué me han engañado?

—¡Alteza! — exclamó la de Noailles, sin encontrar una disculpa para el futuro monarca.

—¿Por qué no ha venido ya aquí el Delfín? ¿Dónde está? — preguntó, impaciente, la desposada.

—En seguida llegará, Alteza... Debe estar con el Rey, su abuelo.

—¡Yo quiero ir con ellos! — exclamó con acento de niña mimosa la joven.

—No, Alteza, en la Corte de Francia no estaría bien visto que una dama fuera en busca de su galán... El Delfín no puede tardar en llegar.

El Delfín, al que el brillo de la fiesta no había seducido y que temía además el tener que quedarse solo con aquella linda damita recién llegada de Austria, que le infundía respeto y temor, retrasaba todo lo que podía el instante. Pero el Rey, su abuelo, le había obliga-

do, por fin, a retirarse a las habitaciones donde María Antonieta esperaba.

Era el momento en que en los jardines del palacio habían comenzado los fuegos de artificio y en que la noche se iluminaba con el resplandor de mil luces distintas. María Antonieta miraba por los grandes ventanales todo aquel derroche ideado por el Rey para celebrar la boda del heredero del trono, pero sus nervios iban poniéndose cada vez más vibrantes al ver que su esposo tardaba en ir a reunirse con ella.

De pronto se desató una tremenda tempestad. Los relámpagos iluminaban con su fulgor rápido toda la habitación. María Antonieta sentía terror por las tempestades.

—¡Oh! — exclamó yendo a reunirse a la de Noailles, que estaba a pocos pasos de distancia de ella observando cómo iba poniéndose cada vez más nerviosa—. ¡Odio las tempestades!... ¡Tengo miedo!... ¡Quiero que venga el Delfín!

—Cálmese Su Alteza... No tardará en llegar vuestro esposo...

—¡Oh! ¿por qué he venido a este país? ¿Por qué?... ¿Por qué?... —se preguntaba la joven cada vez más exasperada.

El Delfín entró y se acercó a ella.

—¿Qué os pasa? — le preguntó temeroso—. ¿Tenéis frío? ¿Porqué tembláis?

—¡Sí, sí... tengo frío!—replicó María Antonieta, acercándose a él, deseosa de que la estrechase en sus brazos.

Pero el Delfín se quedó insensible ante aquella belleza que se le ofrecía.

María Antonieta acudió de nuevo a Madame de Noailles, que se disponía a salir de la cámara nupcial.

—¡No se vaya... se lo ruego! — le dijo, llorosa.

—No puedo quedarme...—replicó sonriendo la dama—. Mi deber es marcharme ahora...

—¡Oh, por favor, quedaos!... ¡Tengo tanta vergüenza!...

—¡Alteza... como Reina no tiene de qué avergonzarse... como mujer no debe avergonzarse!... ¡El Delfín es vuestro esposo!...

Los recién casados se quedaron solos. María Antonieta se acercó a su marido y, los dos a un mismo tiempo, anhelando romper aquel silencio, dijeron:

—¿Sabéis?...

—Perdón, Madame—dijo el Del-

fin inclinándose profundamente ante ella—. ¿Qué ibais a decir?

—No, señor, decid vos...—contestó ruborosa la niña.

—Os iba a decir que la lluvia viene del suroeste...

—¡Ah!... ¿De veras?—preguntó María Antonieta decepcionada.

—Sí—contestó él muy seriamente—la lluvia siempre viene del suroeste... ¿Y vos, qué ibais a decir?

—¡Oh!...—exclamó la novia con aire displicente.

—¿Me tenéis miedo?—preguntó el Delfín, sin acercarse a ella y pareciendo que de ambos el más asustado era él.

—Sí... Ahora ya no tanto—replicó María Antonieta comprobando la inocencia de aquel hombre.

—¿Os dan miedo los relámpagos?

—Sí, un poquito.

—Pues no deben daros miedo. ¿Sabéis por qué?

—No, señor.

—Yo os lo explicaré... Según las leyes de la mecánica es muy difícil que los rayos ataquen a las construcciones cuadradas, como esta de nuestro Palacio; los rayos no caen sobre construcciones planas; es preciso que la construcción termine en punta para atraer a los rayos...

El Delfín, puesto ya en el desfi-

ladero de su ciencia, siguió contando a su augusta esposa todo lo que su talento podía explicar acerca de las leyes físicas aplicadas a la naturaleza; y luego se enfrascó en disquisiciones matemáticas; y a ellas siguieron combinaciones químicas... Y cuando amaneció María Antonieta estaba profundamente dormida a los pies de la cama, donde se había sentado para oír mejor las explicaciones interesantes y documentadas que le estaba dando su esposo...

¡HAY QUE INSTRUIR AL NIÑO!

Bien entrada la mañana el Rey fué a visitar a los recién casados en su cámara nupcial. Iba sonriente, feliz, satisfecho de pensar que acaso ya se había engendrado el soñado biznieto que habría de sustituir a su nieto, al que creía incapaz de gobernar a un país ni de llevar las riendas de un trono.

Entró en la cámara con aquella sonrisa de hombre satisfecho; pero de pronto su expresión cambió tornándose sombría primero y luego reflejando el más profundo desmayo.

Luis XV acababa de ver el cuer-

po apelonado de María Antonieta que dormía profundamente a los pies del lecho, y el cuerpo un poco obeso del Delfin, que desplomado en una butaca habíase también rendido al sueño cuando hubo terminado todas sus disquisiciones sabiondas. Luis XV movió su cabeza en señal de profunda preocupación... ¿Qué había pasado? Los desposados llevaban sus vestidos; la cama estaba intacta; la noche de bodas había sido completamente perdida...

Luis XV salió de la habitación de los novios decidido a que se instruyera a aquel niño tonto, y, seguro de que la única capaz de darle lecciones provechosas era su muy amada Du Barry, corrió a la alcoba de su amante para suplicarle que fuera ella la maestra de su nieto.

Juana estaba sentada ante su magnífico tocador y leía la correspondencia que para ella había llegado. Recibió al Rey con una sonrisa que le dedicó a través del espejo y con un beso que se dejó dar por el magnate.

—Voltaire es el hombre más gracioso de toda Francia — dijo Juana mientras mostraba una carta a Luis—. ¿Sabes? En mi última le mandaba dos besos... ¿y qué te parece que me ha contestado?

—¿Qué?—preguntó Luis distraído, porque él venía con otras preocupaciones en su cabeza.

—Me dice que no ha podido recibir el segundo beso... porque se ha muerto de placer al recibir el primero... ¿Quieres una respuesta más ingeniosa y más galante?

—Juana, vengo a pedirte que hables con él...—le dijo el Rey siguiendo el hilo de sus propios pensamientos.

—¿Que hable con quién?—preguntó la Du Barry extrañada.

—Con mi nieto... Esto es lo que necesita; que una mujer como tú le instruya en todo lo que él no sabe.

—¡Pero, Luis!—exclamó madame Du Barry en tono de reproche.

El Rey se sentó en un almohadón, a los pies de la Du Barry, y la miró suplicante:

—Juana, yo te lo ruego, no sabes el favor tan grande que vas a hacerme si consientes en lo que te pido... Tú no sabes el bien que ello reportará a mi familia...

—Pero Luis... ¿por qué no les dejas solos?... Ellos se arreglarán...

—Tú no comprendes, Juana... Las familias Reales no tienen vida privada. En una cuestión como la que me trae aquí, toda Francia, toda Europa tiene puestos los ojos

sobre este matrimonio que acaba de realizarse... y que no se ha realizado todavía... Si esos rumores se extendieran... No pueden, ¿entiendes, Juana? no pueden trascender al público... Ahora soy yo solo el que lo sé, pero mañana lo sabrá toda la Corte y dentro de poco lo sabrá todo Europa... ¡Esto es lo que quiero evitar!

Madame Du Barry asintió con la cabeza:

—Lo siento por la niña...—dijo—. ¡Hay mucha tristeza en todo eso que me acabas de contar, Luis! ¡Y lo haré por ella!

¿De veras? ¿Estás decidida a hablar al Delfín? ¡Magnífico!... ¡Yo mismo te lo traeré a tus habitaciones!

* * *

María Antonieta atraviesa el corredor inacabable con su bella carita desfigurada por la ira. Cerca de ella iba la Duquesa de Gramont, que había logrado simpatizar con la recién llegada a la Corte de Francia y a la que había ido a poner sobre aviso de algo de lo que ella estaba muy segura.

María Antonieta se dirigió a las habitaciones reales y entró en ellas decidida, encarándose con Su Ma-

jestad que jugaba a cartas con el Duque de Richelieu, mientras vigilaba por el rabillo del ojo la puerta que daba a las habitaciones de Madame Du Barry.

—¿Dónde está mi marido? —le preguntó en tono agitado.

—¡Oh!... debe estar en el jardín. Le gusta mucho la agricultura, querida, no te impacientes...

—¡Ya comprendo!—replicó María Antonieta con lágrimas de ira en sus ojos...— A otras personas les gusta también la agricultura... pero yo no estoy dispuesta a que me humillen.

El Rey la miró sobresaltado.

—¿Qué dices, querida?

—¡Vos sabéis lo que quiero decir!... ¿Cuáles son las habitaciones de esa mujer?... ¿De esa... Du Barry?

—Cálmate, querida—suplicó el Rey que veía con angustia la creciente excitación de la Delfina.

—¡No quiero calmarme!... Necesito hablar con la Du Barry... ¡Quiero saber cuáles son sus habitaciones! Soy María Antonieta de Austria—dijo, con orgullo y fiereza.

—No, querida, ahora sois ya María Antonieta de Francia —le

contestó el Rey—. Y no permitiré que te insolentes conmigo.

—Madame—intervino la Duquesa de Grammont con una sonrisa malévola, satisfecha de poner en claro lo que a ella le interesaba—son aquéllas las habitaciones que vos anhelaís conocer—añadió, señalando la puerta del apartamento de la Du Barry.

—¡Ah!... ¿esta vez también habéis sido vos la que habéis espiado en esas habitaciones?—preguntó el Rey con despecho a la Duquesa de Grammont—. Querida, ¿por qué crees a mujeres como esa?—preguntó dirigiéndose a la Delfina.

—No necesito que nadie me diga las cosas... ¡Me basto yo para saberlas ver!... ¡Quiero hablar con esa mujer!

Las tres hijas del Rey, que al ruido de las voces habían acudido alarmadas, hablaban, siguiendo su costumbre, las tres a un tiempo, como tres cotarras furiosas, confundiendo sus voces a las voces del Monarca y de la Delfina.

—¿Qué pasa?

—¿A qué viene esa disputa?

—¿Qué sucede, papá?—decían las Infantas.

La puerta del boudoir de Madame Du Barry abrióse en aquel momento y apareció Juana, en toda

su belleza y su despreocupación, y preguntó mirando a aquel grupo con una mirada de desafío:

—¿Quién es la que desea hablar conmigo?

María Antonieta adelantóse hasta ella y le dijo con su altivez innata:

—¡Yo soy!... ¿Quién está con vos en vuestro apartamento? Necesito saberlo. ¡Quiero saberlo!...

—¡Oh!...—contestó la Du Barry sonriendo con fina malicia—nadie que pueda importar a Vuestra Alteza...

Madame Du Barry se quedó mirando a María Antonieta con una calma enervante. La Delfina estaba desesperada y Madame Du Barry gozaba en aquella desesperación. El Delfín estaba en su cámara... y María Antonieta creíalo, pero... Era un gran triunfo para aquella mujer plebeya que podía vengarse de la gran dama que la había desdeñado y humillado delante de toda la Corte.

—¡Os atrevéis a insultarme!—gritó María Antonieta fuera de sí.

Madame Du Barry miró al rey que estaba pálido y contrariado y que hubiera querido encontrarse a mil leguas de distancia de aquella disputa familiar, y le dijo:

—Tú tienes la culpa de todo eso,

Luis... ¿Para qué me has inmiscuído a mí en los asuntos de tu loca familia?

—¡Oh!... ¡que vergüenza! —exclamaron a coro las tres hijas del Rey.

Y fué en aquel momento cuando al Delfín se le ocurrió asomarse a la puerta de la cámara de la Du Barry para averiguar qué pasaba en el otro lado de ella. Todos los ojos se fijaron en él y María Antonieta rompió a llorar con honda amargura. Las tres Princesas no podían creer en lo que sus ojos estaban viendo... ¡El Delfín también!... ¡Ellas que le creían incapaz de todas aquellas cosas!... Todas las mujeres comenzaron a gritar y a hablar a un mismo tiempo y la Duquesa de Grammont, acercándose a María Antonieta y dominando todas las voces, le dijo:

—¿No os aseguraba yo que era verdad?

—Has sido tú... ¡grandísima vaca! —gritó la Du Barry, adoptando el vocabulario de los barrios bajos de los que ella había salido.

—¡Ramera! —le gritó la otra olvidando también su rango de gran dama.

La Du Barry dió un solemne bofetón a la Grammont, repitiéndole con ira desbordada:

—¡Vaca, sí... vaca cochina y asquerosa!... Eso es lo que tú eres.

El combate empezó verdaderamente entonces, porque perdidos ya todos los miramientos las mujeres se agredieron como si fueran mujeres de arrabal, disputándose cualquier nimiedad de vecindario.

El Rey, alarmado ante las proporciones que tomaba el escándalo gritó:

—¡Silencio!... ¡Calma!... ¿Me oís? ¿Soy o no soy el Rey?... ¿Quién manda aquí?... ¡Silencio!...

Y congestionado, respirando con fatiga, sintiéndose verdaderamente enfermo, el Rey se desplomó sobre el pavimento, como si la muerte le hubiera cogido de súbito entre sus garras.

Sólo entonces cesaron las hostilidades entre la real familia; sólo entonces cesaron las voces y se contuvieron hasta las respiraciones... Y en silencio, penosamente, el Rey fué trasladado a sus habitaciones y colocado en su lecho real.

La Du Barry se quedó sola en su boudoir y ordenó a sus sirvientas que todo fuera puesto en orden.

—Madame, ¿querrá que subamos rosas del jardín? —le preguntaron.

—No —contestó ella sonriendo maliciosamente... —Al Rey le gus-

tan más las flores silvestres... ¡Dejadre sola!

¡EL REY SE MUERE!

A la mañana siguiente toda la Corte sabía que el Rey estaba enfermo y que no había esperanza ninguna de salvarle; pero lo que muy pocas sabían era la enfermedad que mataba al Rey. El Rey moría de la viruela, de una viruela que se le había declarado de pronto y ante la que la ciencia se sentía impotente.

El Duque d'Aiguillon era una de las pocas personas que conocía la enfermedad del Rey... También lo sabían las Princesas y una a una abandonaron la cámara de su padre por temor al contagio.

En la antecámara real D'Aiguillon quería detener a Juana Du Barry que llegaba a visitar al Monarca.

Se acercó a ella y llevándola aparte empezó con interés respetuoso:

—Temo por su porvenir, Juana. Cuando falte el Rey...

MAE como ella intentara abrirse paso, el joven duque abandonó la respetuosidad del trato cortesano para dar paso a la vehemencia y a

la franqueza a que le daban derecho las... muchas atenciones que antiguamente recibiera de Juana.

—No pases a verle, Juana—le dijo.

—¡Quiero verle!—gritó Juana.

—¡Pues no pasarás!... ¡Yo te lo ruego, Juana, no te expongas!... ¡No vayas junto a él!... ¡Te amo, Juana!

—Nada me detendrá... ¡Quiero ver a Luis!

Las tres hijas del Rey salían en aquel momento de la cámara de su padre y al oír estas últimas palabras, le dijeron con una amarga ironía:

—Madame, ya no hacéis falta aquí... ¡El Rey no necesita ya a su... ramera!

La Du Barry no quiso conceder importancia a aquel insulto que le abofeteaba el rostro. Se había propuesto llegar hasta el lecho del enfermo y nada podría detenerla ya. Siguió caminando despacio, sin hacer caso a ninguna advertencia, fingiendo no oír lo que le decían, y penetró en el cuarto del enfermo, que estaba solo, y se acercó al lecho donde el Rey moría abandonado de todos.

Luis XV estaba con los ojos cerrados y el rostro vuelto hacia la pared. Parecía como si no quisiera

escuchar el tumulto que en torno suyo iba a despertar su muerte, como si quisiera en aquella hora suprema encontrarse completamente solo ante el misterio inescrutable del más allá.

Juana Du Barry se acercó a él y le acarició la mejilla enrojecida por el mal. El Rey volvió su rostro alarmado... ¿Quién podía acariciarle con aquella infinita duxura en aquella hora en que todos huían de él?

—¡Juana!... ¡Querida mía!—exclamó casi sin voz—. ¿Les has oído cómo estaban disputando por mí?

La Du Barry le sonrió con ternura:

—¡Mírame, Luis mío!...

—¡No puedo, Juana... ya no puedo abrir los ojos!... Dame tu mano... Así, así me siento mejor... ¡Estaba tan solo, Juana!... ¡Sólo tú me acompañas en estos momentos!... Dime, ¿es verdad que me muero?

—¡Oh, no!... ¡Que idea!...

—Ellos lo estaban diciendo aquí, junto a mí... yo les he oído...

Los ojos de la Du Barry se llenaron de lágrimas.

—¡No, querido mío; eso pasará pronto y te pondrás bien y volveremos a ser felices!

—No me importa morir ahora, Juana —dijo el Rey esforzándose en sonreír—. ¡Estoy tan cansado!... ¿Te acuerdas, Juana?... ¿Te acuerdas de nuestro paseo en trineo?

—¡Sí, Luis!—contestó la Du Barry, haciendo esfuerzos supremos por no romper en amargo llanto.

El Rey comenzó a delirar.

—Juana, ¿le has hablado?... Es preciso instruir a ese niño tonto... ¡Oh, mi pobre Francia!... Mi nieto es un loco... ¡Juana, instrúyete tú!...

—¡Sí, Luis, sí, cálmate... descansa, Luis, descansa!—le dijo la Du Barry, poniéndole una mano sobre la frente y obligándole a reposar sobre la almohada.

Y así, dulcemente, dejó de existir aquel Rey que había deslumbrado al mundo con el brillo de su Corte.

* * *

Apenas se supo la noticia de la muerte del Rey la Princesa Adelaida corrió a hablar al Delfín para que éste decretara el encarcelamiento de Madame Du Barry, a la que era preciso sacar inmediatamente de la Corte.

—¡Por el bien de Francia!—había dicho la Princesa.

Y por el bien de Francia recibió d'Aiguillon la orden de que fuera a detener a la Condesa en sus propias habitaciones.

D'Aiguillon se apresuró a cumplir la orden dada por el nuevo Rey de Francia y, con la escolta correspondiente, marchó a detener a Madame Du Barry, que esperaba tranquilamente en su magnífico boudoir.

—¿Traéis un papel para mí, verdad, d'Aiguillon?—preguntó la Du Barry sin perder su aplomo.

—Sí, madame, y si me permitis os leeré la orden de arresto que ha dictado Su Majestad Luis XVI.

—¡Su primera orden!... ¡Bonito principio de reinado!—suspiró la Du Barry.

—Condesa Du Barry—dijo d'Aiguillon, inclinándose ante ella—preparaos para seguirme, porque vais a ser trasladada inmediatamente a la Abadía de Notre Dame en calidad de prisionera.

—¡Oh... eso es mucho mejor que la guillotina!—exclamó la Du Barry sonriendo—. Señor, estoy ya preparada... Podemos marchar cuando queráis.

La Condesa Du Barry, vestida elegantemente, se puso en medio de los guardias que la tenían que es-

coltar y salió de sus habitaciones seguida por su fiel Zamore, que no quería abandonarla en la hora de la desgracia.

Cruzaron varios corredores, algunos salones del Palacio Real, y cuando la triste comitiva pasaba a lo largo del inmenso salón de los espejos, Juana, Condesa Du Barry, amante del difunto Rey de Francia, se cruzó con una procesión majestuosa que iba a rendir el último tributo al Monarca que ya no existía. En aquella procesión iban el Delfín y su Augusta Esposa, las tres Princesas, la Condesa de Grammont y los altos dignatarios de la Corte.

Juana se detuvo un momento hizo una larga y profunda cortesía ante aquella familia real que la mandaba a ella al destierro. Nadie contestó a aquel saludo. Todos los ojos la miraron con odio y con desprecio. Ninguna cabeza se inclinó ante aquella mujer caída en desgracia. Irguióse entonces Juana en toda su genuina despreocupación de mujer del arrabal, alzó su cabeza menuda y vivaracha, miró con sus ojos de fuego a aquella fúnebre comitiva, soltó una carcajada despectiva y burlona, y les dijo:

—¡Adiós!... ¡Me he divertido mucho en este Palacio!...

Y con su paso firme, riéndose alegremente, continuó su camino

interrumpido un breve instante por aquella procesión que continuó a su vez su marcha lenta a través del inmenso salón de los espejos del Palacio de Versailles.

F I N

Próximo número:

El maravilloso asunto

SUCEDIÓ UNA NOCHE...

Intérpretes: CLAUDETTE COLBERT, CLARK GABLE

Es una superproducción Columbia

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Lala
8/09
20€

20E

no 10377

40
14
2
4
3'35

E. B.

0/5/5

Precio: Una peseta